

AGUA DE LA LLAVE

Christopher Aguilar-Reyna



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
*Director General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales / A*

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales / B*

Agua de la llave

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Christopher Aguilar-Reyna

AGUA DE LA LLAVE



Universidad Autónoma del Estado de México

"2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario"

Primera edición, septiembre 2022

Agua de la llave

Christopher Aguilar-Reyna

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-542-0

Hecho en México

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy

Diseño: Jarini Toledano Gil

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

CERO

| | |
|-----------------------------|----|
| Prohibido jugar a la pelota | 11 |
|-----------------------------|----|

PRIMERA PARTE

| | | |
|------|------------------------------------|----|
| I | A ruvalcaba no le gustaba Cortázar | 17 |
| II | Las batallas | 21 |
| III | Reyes del barrio | 23 |
| IV | De color ámbar | 27 |
| V | Las voces que no son | 33 |
| VI | Cumpleaños | 35 |
| VII | Bote pateado | 39 |
| VIII | Perra ciudad | 42 |

SEGUNDA PARTE

| | | |
|-----|----------------------------|----|
| I | El periodista del pueblo | 49 |
| II | Las nubes pardas | 52 |
| III | Frente a ti en Navidad | 59 |
| IV | Con todos menos conmigo | 63 |
| V | Episodio: siempre a medias | 69 |

TERCERA PARTE

| | | |
|-----|---|----|
| I | Brujas | 81 |
| II | Las cajas del centro | 87 |
| III | De Piper's Tochter | 92 |
| IV | Uno Misisipi, dos Misisipi, tres Misisipi | 94 |

| | | |
|------|-----------------------|-----|
| V | Extraños cotidianos | 99 |
| VI | Comencé a sollozar | 102 |
| VII | Acariciando la mierda | 107 |
| VIII | Lápices de puntillas | 113 |
| IX | Como enanos | 117 |
| X | Elipsis | 122 |
| XI | Recuerdos de anuencia | 127 |
| XII | Despedida | 131 |

CUARTA PARTE

| | | |
|----|----------------|-----|
| I | Casa de retiro | 137 |
| II | Esperando | 143 |

CERO

PROHIBIDO JUGAR A LA PELOTA

Caminé escuchando los sonidos de la noche con un libro bajo el brazo. Contemplé sin entender a los espectros que salen a pasear sus penas cuando todo es tranquilidad. Cuando el asfalto tendido reposa el lomo quemado por el sol. Entré en la plaza donde los perros buscan algo en la basura y duermen bajo las bancas llenas de excremento de paloma. Los faroles chimuelos de luces cálidas te invitan a dormir como vago con una cobija de periódico. ¿Sabrán ellos de su dicha? ¿De esa apacible existencia?

Inhalo.

Allí, un par de niños juegan a la pelota trayendo a mi cabeza los mejores tiempos de un pueblo extinto. Los empleos nocturnos han desaparecido, sólo barrenderos temerarios surcan las calles después de medianoche. De las sombras de la plaza surge Alexis con sus cachetes gordos y rojos, con una playera de los Pumas y la pelota entre los brazos cosida al pecho. Gritan sin miedo, sus madres los vigilan desde los puestos de tacos. Ellas esperan pacientemente a los que, en otros tiempos, serían “los de la última función”.

Exhalo.

Paso página, pero me regreso. No me concentro, los botes de la pelota hacen eco en las calles solitarias sin dejarme comprender lo que leo. Eso y el crujido de las hojas, el viento corriendo por mis vellos, mi espalda, mi cuerpo entero, mis orejas suspendidas en la oquedad de los ruidos accidentales. Todo me pone a pensar: sus risas son algo que no distingo en la coreografía de estos tiempos. Pasan en instantes estadios, alineaciones fantásticas y narraciones maravillosas. En esos estadios no hay rentas, no hay trabajos o relaciones frustradas. No hay hambre, el hambre se alimenta perfectamente de los sueños, por eso cuando grandes, nos carcome.

Repito.

La bola ha ido intransigentemente a las jardineras del parque, la fuente, los cristales del banco y de nuevo a las mejores plantas de este lugar. Alexis con sus cachetes llenos de vida y sudor, ha destrozado con sus pasos imprudentes todo por donde ha entrado para salvar su juguete, y a lo lejos, la doña del puesto grita: “luego dices que no haces nada, Alexis”. El bodoque salta y a su juicio se esconde en nombre de todos nosotros haciendo una travesura más que, sin saberlo, y sin que nosotros le agradezcamos, nos acerca nuevamente a la condición humana que hace tiempo olvidamos.

Más fuerte.

Soy él y soy yo. Veo a su madre y escucho a la mía. No he podido llamarle. Pero ahora está aquí. Le debo mi prisa, esta falta de oxígeno. Yo soñaba, jugaba como ese niño. Recuerdo, dije un día: “mamá, quiero ser policía”. Lo dije con una cacerola en la cabeza, saliendo del cuarto de baño: un día que bien pude haber enmarcado. Ella me respondió: “estás tonto, a los policías los matan cada rato”. Su voz severa me hizo sentir como un bobo. Me vio con la cara aguada y dijo:

a ver, ¿para qué quieres ser policía?, pero las palabras habían migrado ya de mí. Mudo en la habitación a solas, quitarme el caso me apesadumbraba las palmas, como si los muebles se burlaran de mí.

La calma.

A veces pienso, deseo, sueño de más. Fuera de lo permitido. Me quedo quieto y superviso los estragos de esa temeraria osadía, si todo sale bien, cojo aire, me aseguro de que todo esté en orden y ungido en la calma, sigo adelante. La madre de Alex vuelve a gritar, un grito que sucumbe en el parque entero. Alexis no tiembla, tiemblo yo.

Inhalo y exhalo. Media sonrisa.

Seguramente en unas horas algún burócrata encargado del parque revisará las inclemencias de una pelota, y al contabilizar los daños, colocará un letrero que diga: “prohibido jugar a la pelota en este lugar”. Sin embargo, si eso pasa, estaré aquí a la espalda de Alexis con lo que me sobre de la semana para reparar el daño. Lo haría con gusto. Siempre se puede retomar el rumbo, no importa cuántas macetas, jardines, láminas, faroles o monumentos haya que reparar. Ya no quedan niños en las calles. Ni oxígeno.

Exhalo con fuerza.

Esa noche parecía perfecta para saldar cuentas con la literatura rusa, comenzando con Tolstoi. Era mi último día de vacaciones y las palomas a esa hora no cagan. Un niño que juega, un niño solo. Una veleta, un señuelo. Tac, tac, tac. Unas botas y una falda ranuran la plaza. Ebria, se nota. Sin juguete: eso buscaba.

Fin de la calma.

PRIMERA PARTE

I

A RUVALCABA NO LE GUSTABA CORTÁZAR

Su cabeza bajaba y subía al ritmo de mi respiración. Tenía el cabello lleno de polvo. Traté de pasar mis dedos por él paternalmente. Fue inútil. Tracé figuras con las yemas sobre su espalda desnuda. Frotaba las piernas y su vagina contra mi muslo. Me pregunto cómo es que se hizo esas marcas en las nalgas. Preguntarle me avergüenza más que cualquier maniobra. Tercera canción que quita del reproductor, no comprendo esa manía en las personas. La música es una extensión de nuestra personalidad, la música sobre la cama es una extensión del alma.

Cuando llegué a la banca de ese parque jamás imaginé que acabaría en un cuarto de hotel con una pequeña harapienta. Es el tercer cigarro en la noche; tengo el pito irritado.

Reanudaba la lectura, y al levantar la mirada, la vi. Delgada y andrajosa. Con sus botas sucias y una camisa abierta. Era larga a cuadros. Medias negras y una falda ligeramente elevada por su trasero. Era un lindo trasero boludo y al mismo tiempo picudo. Levanté la mirada que se cruzó con la suya. La había visto otras veces ya. Me miró y quiso decir algo. Siguió. Sentí

cierto coqueteo. Dudé, pero con un *cht*, la llamé. Mis sospechas fueron ciertas, porque volvió a la menor provocación.

Para sus 19 años tenía ideas bastante claras de literatura, música y fotografía.

¿Del arte? ¿De la vida? Eso quise creer.

Eran cerca de las doce, vagaba después de fingir entrar a casa luego de una cita a las faldas del cerro. Hablamos de Tolstoi. Ella había escuchado de Freud y la teoría psicosexual. Eso dijo. Mal. Pero en mi cabeza sonaba bien. Habló mucho de desnudos, lo repitió varias veces. Yo también. El desnudo nos excitó. La descripción del cuerpo y la contemplación de la luz sobre los senos erectos, nos escupieron de ahí escapando por varias calles buscando oscuridad.

Cuando me dijo que su padre se había quitado la vida frente a ella tres meses atrás, pensé que después de la primera revolcada, rompería en llanto. Sin embargo, prendió un cigarro, jaló la sábana y guardó silencio.

Era una noche apacible. No esperaba nada más que una copa de vino, porno de adolescentes, masturbarme y un cigarro. Había decidido no escribirle más a Paulina. Su trabajo como modelo de desnudo me excitaba, principalmente cuando me enviaba las fotos al celular, pero su imagen llevando café al profesor de narrativa me parecía una extensión de su personalidad sumisa. Ahora tenía algo con Esmeralda, pero no estaba seguro de qué.

Le pedí que se arrodillara frente a mí en la cama para fotografiar su delgada figura. Era ese un cliché del porno haciéndose real. Por eso es que esas casualidades son tan adictivas.

Nos echamos de nuevo sobre las sábanas y puse el capítulo 7 de *Rayuela*, narrado por Cortázar. Escuchó con atención y suspiró al final. “Somos en cierto modo, y a cualquier edad, reminiscentes de Julio”, le dije. Criticó por primera vez mi música y llevé su mano hasta mis huevos para que los acariciara despacio.

No pareció sorprendida cuando grabé su rostro durante la felación. Dejé eso y volvimos a coger. Tomé el teléfono de nuevo y grabé el asalto. Se arrodilló frente a mí y terminé. Vimos el material sin que me pidiera eliminarlo. Arqueeé las cejas. Criticó el porno de la televisión ultra viejísima y habló mal de Arjona; una de sus canciones se escuchaba en otro cuarto cercano. Tomó otro cigarro.

No comprendo el desdén de ciertas personas por el arte de los demás. Me gusta creer que, si algo conmueve, lleva en sí cierta carga espiritual, cualquiera que sea su origen. ¿Qué nos hace pensar que somos dueños de la verdad absoluta? Podemos criticar, pero jamás despreciar. El extinto Jacobo Díaz decía: “aquel que juzga el arte no merece tenerlo”. En un principio creí que lo que la había arrojado a la cama de ese hotel, había sido justamente esos prejuicios. Que había visto en mí algo más allá de sus amigos fuma pasto.

Creí que lloraría, creí que tendría que desnudarla, creí que todo era un homenaje a mi ego. Irónicamente todo había sido atropelladamente natural. Me equivoqué, lo supe cuando habló de Eusebio: él hablaba de la música buena y la no tan buena, y que ambas le gustaban. Cuando robé ese libro del cleptómano seductor, me sentí orgulloso, y quise llorar cuando se fue. Nunca pude hablarle de él a nadie; no era un autor famoso a pesar de ser reconocido. Entonces, cuando dijo: “ah, mira, una cita de Ruvalcaba”, mi corazón palpité.

Los prejuicios tal vez estaban más en mí que en ella en ese momento. Mis 30 contra sus 19 me golpearon la cara. Dejé que pasara mis canciones y prendí un cigarro. Deseché de una vez por todas la angustia de saber que había gastado lo que me restaba de la semana en un cuarto de hotel. Ella era más valiente que yo. Era ella la que me había llevado a cualquier capítulo de cualquier libro de Cortázar. A Ruvalcaba no le gustaba Cortázar.

Cogí sus manos, giré su cuerpo y la penetré con fuerza. La embestí varias veces mientras ella respiraba rítmicamente sobre mi oído. Con sus manos tiró de las sabanas, rodeó mi espalda con sus piernas y terminó arañándome las nalgas. Siguió cantando. Sonaba Chet Baker con una trompeta dulce. Mis pensamientos estaban por primera vez en ese cuarto. Metí mis manos bajo su espalda y apreté mi pecho contra los suyos. Llevó sus manos a mi cabello y las bajó por mi espalda. Mordió mi oreja y yo le besé el cuello. Gemía. Parecía que cantaba. Gemía con más furia y yo resistía. Gimió con rabia y terminó.

Nos sentamos bajo el chorro de la regadera con los senos y el pene expuestos, libres y confiados. Charlamos largo rato sin importarnos que el cuarto venciera a las tres. Salimos. Debíamos ya 50 pesos extras. Sacó 27 pesos de la bolsa y juramos pagar la próxima quincena.

Caminamos, la llevaba de la mano. Hablamos y sin soltarnos buscamos un taxi. Después de un rato nos rendimos. Debía trabajar y en mi prisa, la llevé a una patrulla que vi en una esquina donde por obviedad nos preguntaron su edad. Los tenía, revisé su identificación mientras se limpiaba en el baño del hotel. De todos modos, no la sacó, pero no dije nada al respecto. Una gota de agua tibia corrió de mi frente hasta mi nariz. El calor de la primavera la templó. Mis genitales golpeaban dentro de mi ropa interior, una sensación placentera. Sonreía. En eso, volví el cuerpo para ver la patrulla que apenas había dado vuelta al final de la avenida. El rojo y azul de la sirena daban brochazos en los muros.

II LAS BATALLAS

Me sentía muy bien con la imagen de Sabina que entraba y salía de mi cabeza a lo largo del día. No necesitaba verla. Era una idea cómoda que me acompañaba y me provocaba placer. Era una melodía que llevaba en la cabeza para tararear en cualquier momento. No era amor, era eso: confort de saber a una persona paralelamente libre en algún espacio en esta pinche ciudad. Debería envidiar su prematuro descaro. Pero no, a pesar de que me costó mucho más que a ella, hallo en nuestro encuentro cierto consuelo con el tiempo.

Dos semanas y no supe nada de ella. Teníamos amigos en común, pero investigarla me parecía denuncia de tiempo y atención que no me pertenecían. Lo sano era caminar y esperar que apareciera como la última vez.

No me gusta Café Tacuba, de hecho, me es chocante cuando dicen: “¿no te gusta Café Tacuba?”, como si fuera ley. Son malos, pero le atinaron en “Las batallas”; un cuadro sonoro melancólico y tierno del libro de José Emilio Pacheco. En palabras de Octavio Gómez: “suena a lo que debe sonar”. Los noventa están presentes en una obra que ahora estaba

compuesta de música, cine y literatura. Con José Emilio pasaba lo mismo que con “los tacubos”, me resistía a leerlo como un reto simplón de una generación de falsa protesta social o defensa de las raíces mexicanas.

Es escalofriante cómo el arte acarrea ciertos eventos, cómo se emparejan las historias. Hay en ella miles de mujeres, antes y después de las penas. Antes y después de fracasar en su intento de no morir al vivir. Sentadas en una banqueta a media noche, mientras los ebrios en una camioneta jadean al ver sus piernas semidesnudas. Mientras bebe sin control y todos esperan como aves de rapiña que caiga para meterle la verga en la boca. Hay en ella tantos demonios en legítima defensa.

Estaba tan quieta aquella noche mientras contemplaba el techo del cuarto. A ratos cantaba y a ratos formulaba preguntas extrañas. Se esforzaba por entonar sensualmente lo que para ella era una buena canción, una canción sin música, canción de nadie. Acariciaba sus caderas con las manos blandas. Perdía la consciencia a ratos, y fumaba compulsivamente porque había aceptado años atrás la desgracia de perderlo todo eventualmente. Era condenada por una ciudad maldita. Lo único que le restaba era el poder sobre sus propias ideas, y no estaba dispuesta a entregar también su tranquilidad, el poder de atormentarla antes de toparse de frente con su destino. Era una apuesta que ya ganaba.

III REYES DEL BARRIO

De niño, ir a jugar fútbol era lo más importante para mí. Mañana, tarde y noche. Si era de mañana, nos escapábamos de nuestras madres para ir a los terrenos que estaban atrás del viejo hospital, donde ahora es un centro comercial y el piojo. Ahí construyeron canchas de fútbol rápido en las que jugar cuesta 350 pesos semanales. Por las tardes jugábamos en el atrio de la iglesia, siempre y cuando, Chabelita, que nunca se casó, no estuviera al pendiente para corrernos. Por la noche podíamos esperar a que el mercado municipal se quedara sin gente para utilizar los canceles y tubos de allí como porterías. Terminaban los noventa y podíamos hacer lo que quisiéramos a la hora que fuera. Ahora, cada que nuestros horarios lo permiten, tratamos de escaparnos para jugar una cascarita.

Viví muchos años frustrado, ya que a mi juicio, no era malo. Incluso estuve en dos selecciones juveniles, pero nunca logré destacar como hubiera querido. Me conformé como los mozos a ver los toros desde la barrera, mascando esa admiración que el barrio profiere hacia esos seres tocados

por la mano de dios porque juegan como auténticos herederos de Hugo y Cuauhtémoc. De las gradas, padres y sobre todo, niñas, adolescentes, mujeres hermosas (según sea la época), les chulean el juego. Se iban con ellas de la mano paseando por toda la cancha o el estadio con su trofeo. Orgullosos se casaron con ellas, y todo sigue igual, no importa que hoy día conduzcan un camión repartidor, trabajen para alguna carnicería, sean policías estatales o vendan en alguna plaza mercancía de dudosa procedencia, cada fin de semana siguen siendo los reyes del barrio, y les alcanza.

Yo pensaba demasiado dentro del campo, casi de forma obsesiva, y aún me cuesta.

El plan fue ese. Con tiempo y pasión intacta, fuimos a chutar a las canchas de la unidad deportiva. Justo antes de salir de casa, timbró mi teléfono. Hola, decía la pantalla de inicio. Supe con sorpresa que era ella. Ni siquiera reparé en cómo diablos había conseguido mi teléfono. Como yo, era la única que respetaba, incluso en textos brevísimos, el punto final en cualquier oración. No la había leído antes, pero lo descubrí inmediatamente.

Quedamos a las cuatro, entonces, no me concentré en el juego. La bola iba de lado a lado con las groserías y los festejos, las burlas y las amenazas veladas de la juventud entre miembros del mismo equipo, porque claro, siempre el gol es culpa de alguien.

A mí me quitaron la bola varias veces. Pensaba en ella, en sus piernas estilizadas, en su meneo, en su nariz boluda, en su rostro divertido y sospechoso. Imaginaba su espalda liviana trepando a rapel por sus nalgas, con sus hombros de juguete colgando como la primera vez, llegando, acondicionando esa fantasía al terminar el juego para pasar con ella en frente de la vieja pandilla.

Sabía que no podía ser, ya que la cita era más tarde, pero me sentía bien con eso. Pensando en ella. Saber que la vería en unos minutos. Entonces vino a mi rostro. Sus piernas. Sus caderas. El bataclán de mi pecho iniciaba. Y crecía y crecía mientras me daba cuenta de que no extrañaba a los amigos ni al fútbol ni a nada afuera. Había pasado de no estar en mi vida a necesitarla rotundamente en escasos minutos. Su piel, su aroma. Su mensaje. ¿Qué era eso? Así lo supe.

Las manos me temblaban.

Era todas las mujeres que había tenido. Era todas las mujeres que jamás tendría. Era las mujeres que había imaginado, deseado y las que me habían ignorado. Era las mujeres que me habían humillado con su indiferencia. Era ella y en el sofoco de esa última vocal que estremecía mis dedos, mis párpados, mis entrañas, como el suspenso, como la noche, como el aire de la sombra sobre mi cuerpo quemado por el sol en la cancha y esa tenebrosa prisa por estar una vez más con ella. Descubrirla y saber a dónde era que se la había llevado el tiempo.

Tenía los pómulos quemados. Me bañé y decidí no usar ropa interior para evitar retrasos. Tomé tres condones y salí de casa. Cuando la vi, sentí que eran años sin verla. No que la extrañara, más bien me parecía un ser distinto a la luz del día. Estaba en las gradas de la cancha más grande en la misma unidad deportiva en que unas horas antes había estado con ellos. Estaba decidido a decirle, miren, este es un nuevo yo, un ídolo a mi manera y miren a esta chica. Desafortunadamente los tiempos de todos no cuadran con los míos. El tiempo, ese tiempo, todo el tiempo que es una serpiente en mi cabeza tragando su cola.

Una concilia con mi pasado, con los reyes del barrio.

Ahí estaba con sus jeans negros, blusa negra desgarrada por la espalda, lentes negros, labios rojos, botines color café

y una cazadora verde amarrada a la cintura. Deliciosa con ese vértigo en el semblante que ahora sí era obvio.

Llegué diez minutos tarde. Las ensoñaciones me aturdieron lo suficiente para olvidar el reloj. Ella estaba apática y distante; totalmente encabronada, por supuesto lo supe hasta mucho después. Penosamente para mí, eso condicionó toda la tarde.

IV DE COLOR ÁMBAR

Traté de justificar mi retraso con las palabras de Wilde: “la puntualidad nos vuelve esclavos del tiempo”, cita que utilizo con frecuencia, aunque a ella no le importó. Aun así, estaba segura de seguir ahí. Me lo dijo: “sólo necesito unos minutos”.

Cerca de las canchas hay una casa que a primera vista es una miscelánea atendida por una amable señora. Sin embargo, el sótano está adecuado con mesas, sillas, rocola e incluso una cama a modo de privado para que los chicos que no entran a los bares por ser menores de edad, puedan estar tranquilos.

Tomamos una mesa y montamos en ella un par de caguamas frías. Ella vive a unos kilómetros de la ciudad, razón por la cual siempre debe llevar hasta el final del día los mismos 27 pesos de la última vez. Aunque, prefiere comprar una cajetilla de Delicados.

Se quitó la blusa, subió los pies a la mesa, fumó y dio un trago a la cerveza que sostuvo un momento entre las piernas. Su desnudez me puso nervioso, me daba cuenta de que, a pesar del delirante flujo de su energía sexual, yo no podía dejar de estar al pendiente de lo que pasara afuera. Cualquier

sonido me hacía mirar escalera arriba, pensando que alguien, quien fuera, pudiera entrar. Ni siquiera me quedaban ganas de pensar que era halagador para cualquier hombre, estar con una mujer con tal descaro.

Divagamos algunos minutos hasta recalar en la razón de mi retraso. Las cosas no mejoraban, el calor era infernal, mi piel quemada ardía y era molesto el sudor en mi cuerpo mezclado con el jabón seco en mi piel.

Observé sus costillas marcadas en el final del pantalón, justo donde comienza la cintura. Considero que esa imperfección al final, ese bultito de carne, que no es sobrepeso, las hace lucir cachondas. Me provoca deslizar el dedo pulgar por la misma orilla del pantalón hasta llegar a su vagina y frotarla. Miraba la escalera y me tronaba uno a uno los dedos.

“Estoy enamorada, ¿sabes?”. Así rompió el silencio, más molesta que antes: “El fin de semana fui a una fiesta llena de chavitos pendejos, y justo cuando me iba a casa, un chico sacó una pistola y me enseñó a disparar. Siempre he querido matar a alguien. Yo le dije que guardara eso o si no con esa misma pistola lo iba a violar. Quiero saber qué se siente matar a alguien. Creo que por esa pistola me dejé manosear esa noche. Quedamos que iría a su casa para continuar con las clases. No sé, no creo que sea amor, pero me gustó su arma. Se ve que le vale verga todo. No sé, no creo que sea amor”, dijo. Y empezó a cantar una de sus canciones.

Extendió su pierna cansada de la posición que guardaba. Pateó mis cosas, haciendo volar el libro de José Emilio. Le encantó encontrarlo. Me reprendió por llevarlo apenas en el cuarto capítulo. Dijo, socarrona, “yo lo leí todo en dos horas”. Yo no sabía que su pasión por Pacheco era tal que hasta fue a su funeral. Eso dijo. Pudo haber mentido, ahora lo sé. Habló de él y lo apretó contra su pecho izquierdo. Encontré

ese gesto algo natural, descifrable. El cuatro era su capítulo favorito y lo leyó para mí. Lo repitió y esta vez grabé su voz. Pacheco habría amado esa narración: el tono, el lugar, a ella. Entre chilangos se adoran de una forma incomprensible. Ese era su idioma, a pesar de llevar años en provincia.

Después de que la conocí, escribí algunas líneas para ella. Escucharla leer a Pacheco me dejó una sensación ambivalente: tenía ganas de mostrárselo, pero me sentía ridículo luego de escuchar su pulcra dicción con el capítulo de *Las batallas*.

Primero leyó en voz alta y le pedí que lo hiciera en silencio. Después de unos minutos, bajó el texto, apagó el cigarro y bebió cerveza. El silencio era pesado, hondo, incómodo. Recordé aquellos años cuando en la primaria, la niña que me gustaba se tomaba de la mano con otro compañerito y yo no existía. Cuando no sabía si irme de ahí o hacer un chiste de las caricaturas o de otro compañerito. Al fin me miró, y con vehemencia se montó en mí para darme un beso dulce que se quedó en pausa algunos segundos. Sus labios temblaban. Era el beso que omitimos como primer beso la noche que nos conocimos. Después de unos segundos, volvió en sí y se echó para atrás sobre el sillón aún sobre mis piernas.

Las caguamas casi encontraban su fondo. Habían pasado al menos una hora sin que nadie apareciera por ahí. A pesar de las letras, los pensamientos, los libros, la charla, el enigma y las posibles preguntas, yo estaba ahí porque se la quería meter de nuevo. Me paré frente a ella y me saqué la verga en su cara. Me dijo que no quería, que no tenía ganas. “Creo que sigo molesta porque llegaste tarde”, me dijo. Fui creativo y justo cuando pensé que estaba a punto de ceder para cogerla contra la pared, clavó sus dientes en mi cuello. Los apretó hasta que gruñí embravecido. Estuve a punto de golpearla en el vientre por la fuerza de la mordida. La sangre en mi cuello me hizo

desconocerla y despreciarla por unos minutos. La odié. Ella no dejó de reír.

Su risa me acobardó. Era una hiena, una perra con fiebre. Bebía. Se limpiaba los restos de espuma y me rechazaba con los ojos. Se metía la mano en la bragueta y me volteaba el rostro. ¿Qué quieres?, me preguntaba y se echaba del otro lado del sillón. Reía, gritaba y por primera vez sentí que no estaba a su altura. Cada imperfección en mi cuerpo era claramente perceptible. Quería irme, pero pensar en la excusa adecuada y su risa, me encajaron los pies al sitio.

No hablamos durante un buen rato. Cantaba y reía. Vagó por el lugar encontrando un altar. Hurgó por todos lados sin importarle que la señora bajara para saber qué pasaba, incluso ideó una teoría sobre una pared, que a su juicio era falsa y bastante sospechosa. Según ella, escuchó voces del otro lado. Los rayos de la tarde chocaban contra los cascos vacíos de cerveza, pintando el sótano de color ámbar. Fui un colegial, ella aún no nacía en ese instante. Subió a uno de los escalones y me preguntó si seguía molesto. Claro, ella no sabía que me sentía humillado. Eso me dio valor. Yo no sabía qué trataba de demostrar ese día. Quizá había sido demasiado permisiva en el primer encuentro y debía recuperar terreno. La tomé por la cintura y metí las manos bajo su top. Me rodeó con las piernas. La cargué tomándola de las nalgas y la puse contra el suelo. Subí su pantalón hasta las rodillas y metí los dedos en su vagina. Le di a probar su néctar. Me lanzó una mirada retadora, al tiempo que mordió su labio. Se puso de pie contra la pared y me bajó el pantalón. Nos masturbamos. Cogimos nuestras cosas y salimos de ahí. Caminamos unos minutos y llegamos a una cabaña donde me dejó con la verga en la mano, poniéndose como una niña de cinco años a explorar. Cogió plumas de animales muertos que halló quién sabe dónde y

quién sabe por qué. Se hizo la loca; me hizo rabiar. ¿A qué juegas?, le dije. ¿Qué quieres demostrar? “Nada. No sé qué esperas de mí; no me idealices”, respondió.

Tergiversó la conversación. Justo como un chairo que no sabe por qué la hace de pedo, pero está en contra de lo que sea. Como el idiota que no estudió una carrera por cobardía y justifican su estupidez demeritando el conocimiento. Me tachó de cuadrado y me invitó a vivir la vida. La vida según ella, no estaba en los libros ni en lo que te enseñan en la escuela. Traté de explicarle mis motivos basado en sus disparates, en las cosas que decía sin relación alguna ni coherencia. Pensaba en mis clases de metodología. Todos pasamos por esa etapa, inventamos salidas. La conspiración alivia la incertidumbre, pero un semestre no cabe en esa charla arrebatada. Hablé del arte buscando bajara de esa nube de inopia e ignorancia, de su petulante desprecio por los argumentos. Usé a Pacheco, de cómo en los límites del sentimiento, de las emociones, debe existir la razón, la disciplina. Que vivir o tener el genio artístico no es decir pendejadas al aire, por ejemplo. La rabia superó aquel instante cuando me encajó sus dientes. Peor aún, superó sus risas burlonas. Dejé que se alejara en el sendero donde el sol menguaba.

Mis botas se llenaban cada vez más de polvo. Desde ese momento aborrecí la idea de tener que llegar a casa para cambiarme los calcetines. No estaba seguro de tener ropa limpia. La veía caminar de espaldas balanceando las manos que escapaban de la cazadora. Ella gira con desdén y levanta las manos, grita que está viva y mi furia aumenta. No puedo creer que una persona se derrumbe de una forma tan simple, en segundos ante tus ojos. Después de unos pasos llegamos a un árbol. Escuché a los grillos, los perros que golpean las calles con sus ladridos sin notar que eso es la soledad, el viento

que llena de tierra mis narices, las luces de la ciudad que parecen parpadear, mis pasos, los suyos, alguna bocina en la carretera y el murmullo de los neumáticos contra el asfalto escapando del aire. De pronto, en alarde de sensatez, tomé aquello como una invitación a la cordura. Después de todo había perdido bastantes amigos ya por motivos similares llevados al extremo. No era casualidad que estuviera la media noche de un jueves leyendo a solas con tantos duelos en el pecho. Me obligué a ser maduro por los dos y dejé las explicaciones pesadas para otro momento.

Cuando logré alcanzarla, tomé su mano y le quité el cigarro. Me pasa muy seguido que cuando el silencio de la naturaleza hace sinfonía, me da por fumar y escuchar. Sentados al regazo del árbol, tomó mi teléfono, buscó un poco de porno y acto seguido me preguntó si llevaba condones. ¿Cogemos o qué?, me dijo. Se puso de pie, se bajó los pantalones hasta las rodillas, tendió la cazadora y se echó sobre el pasto. Me pidió le avisara cuando estuviera a punto de terminar, y lo hice. Se giró sobre el pasto y me jaló del bastón indicándome donde debía penetrarla. Traté de mantener el ritmo, pero estaba demasiado excitado. Pensé en varias cosas logrando prolongar la muerte chiquita unos minutos. Cuando tomaba ritmo de batalla, escuché un chiflido a lo lejos, de un cabrón que seguro buscaba a otro puñetero para fumar marihuana en la esquina. Aun así, me puse nervioso. Mi corazón volvió a palpar salvajemente y aceleré el ritmo hasta venirme en sus nalgas.

V LAS VOCES QUE NO SON

Ambos habíamos bajado la guardia. Cuando nos dimos cuenta eran casi las once de la noche. Salimos de esos terrenos desolados y volvimos donde los faros. Cuando fumábamos nos soltábamos las manos y ella volvió a cantar rasposamente. Se abstraía de todo. Echaba la nuca para atrás mientras caminaba y comenzaba a mascullar cualquier canción. Pensaba, se reconciliaba con algo, no sé con qué, pero al hacer eso recobraba algo de calma para continuar. Echaba una moneda a un pozo.

Arturito es un chico del que su madre se fastidió muy pronto, dejándolo a su suerte. Pasó muchos años arrastrándose por el centro de esta ciudad, con una cubetita pidiendo unas monedas. Tiene retraso mental. Además, tiene las piernas chuecas, como un popote de fiesta infantil. Desde hace poco menos de un año, el ayuntamiento le dio una silla de ruedas y cientos de flashazos. Él por su parte decidió vender todo lo que se le atraviesa; discos, dulces o cigarros. A pesar de su discapacidad no ocupa gran ayuda para cruzar calles o moverse por las banquetas, sin embargo, le he visto pedirles

a las muchachas que lo ayuden a hacerlo para abrazarlas de las caderas.

En cuanto vio a Sabina, meneó los brazos diciendo: “amiga, amiga, ¿me ayudas?”. Ella corrió a encontrarlo en medio de la avenida grande que por la hora estaba vacía. Tomó su silla por los cuernos y lo empujó con sus piernas flacas hasta llegar a la cuesta de la calle que sube a la iglesia. Sostuve su mochila y caminé a su espalda. Habría sacado una foto de ese momento para usarla en la publicidad de recaudación de alguna fundación. Noté que agachó la cabeza y supe que era mi turno de empujar. Lo hice un par de cuerdas más, donde el suelo era más parejo y nos despedimos. Cuando nos alejamos, con la cabeza, cuidó el girar de las ruedas hasta que se perdió en la obscuridad.

Volvió a cantar algo que según mi oído era una canción de Courtney Love. Le pregunté si había escuchado a Karen Souza, y me dijo que no le gustaban sus películas, menos cuando cantaba. Le expliqué la confusión y hablamos de la versión jazz de Creep, de Radiohead. Comenzamos a cantar avanzando por la calle. Yo vigilaba el reloj, tenía que trabajar el día siguiente, ella sacó otro cigarro.

VI CUMPLEAÑOS

Hoy es mi cumpleaños. Cuando era pequeño, mi madre me vestía con las mejores garras que tenía en el closet. El reloj marcaba las primeras horas de un día que desde hace tiempo dejó de ser especial, y mi teléfono comenzaba a recibir felicitaciones que ignoraba. Fui a trabajar sin aspavientos. Comí discretamente en una terraza y escapé a toda insinuación de felicitación por parte de mi familia, anunciando incluso, mi ausencia todo ese día por cuestiones urgentísimas.

Platón decía que todos somos seres buenos por naturaleza y que, si somos malvados, no será otra cosa que la adquisición de malos hábitos y malas compañías. De eso iba mi tesis. Algunos cientos de años después, Freud, sentenciaba que la maldad en los seres humanos no es otra cosa que la respuesta del humano ante un entorno que lo rechazó. Es un asunto que no abandona mi cabeza nunca. Hitler quiso entrar a bellas artes en Alemania sin conseguirlo. ¿Alguien se preocupó por cuidar de Hitler? Hitler amaba a los animales y luego Hitler se descompuso como nos pasa a todos. Por supuesto no comulgo con esa idiota idea de adorar al monstruo, pero a él también le

dolía algo y dolor mezclado con la incertidumbre del miedo, puede voltear un crucero. A veces salto por las noches porque un rayo en la madrugada puede ser una bomba y en *una sonrisa inmóvil en el rostro se puede esconder un vil*.

No creo en las casualidades, sino en las causalidades. Este día fue elegido en algún recoveco de mi cabeza, para terminar mis trámites de titulación después de cuatro años de haber egresado de la licenciatura. Eso, mis pendientes en la librería, y mis clases de la especialidad, me tienen el día lleno. A pesar de todo, no quería estar solo. No tenía el valor para pedirle a Sabina vernos ese día. No, sólo de pensarlo me hacía sentirme patético. Además, no podía darle el control de mi día, eso lo tenía claro. Entonces pensé en otra opción.

Esmeralda tiene 20 años. He estado copulando con ella desde hace unos meses. La conocí a los 17 en una escuela en la que trabajé: era una niña con mucha prisa por conocerlo todo, el sexo y los vicios. En algún momento nos encontramos en el transporte. Ella no me vio, pero yo a ella sí. Traía un overol de mezclilla en la raya de las nalgas. Abajo un top. Terminaba de alistarse los labios para alguien y a tumbos pedía la parada. Al verla avanzar por la calle, su frágil sensualidad andaba con mucho cuidado para que no se le rompiera.

Cuando volví a encontrarla, había dejado la escuela y aquella prisa. Su amante de aquellos años era un médico con quien yo trabajaba. La usaba los martes por la noche y a ella eso comenzaba a cansarla. Como a mí seguía excitándome y ya no había motivo para negarlo, le invité una cerveza que tardó casi un año en aceptar. Casi puedo asegurar que fue ella quien me regresó la invitación luego de tanta intimidación en que ella me pedía que le cuidara el pasado. Esa tarde, después de tres cervezas y varios cigarros, salimos al patio del restaurante en que estábamos. Se escondió en los lavaderos de la cocina

del lugar y lo hicimos de pie, como perros que cuidan nadie aparezca por la calle.

Supongo que en mí conservo un dejo de festividad, porque la invité a pasar el día conmigo. La pasamos bien vagando y haciendo lo mío. Yo disfruté viéndola a ella sentirse tan bien, tan plena en los pasillos de mi universidad, mirando anaqueles en el centro comercial, olfateando libros, preguntando precios y llamándome con las manos a la distancia para mostrarme cada cosa que le gustaba.

Cuando volvíamos a casa en el camión, éramos los únicos en la parte trasera. Llevaba un vestido lleno de flores pegado al cuerpo, una cuarta arriba de las rodillas, tenis blancos y una chamarra guinda. A la mitad del camino deslicé mi mano por sus piernas hasta llegar a su vagina. La masturbé y ella me besó la otra mano. Gimió ahogando un grito de placer contra mi piel. Hizo de mi dedo pulgar un pene y apretó los puños en el descanso de los asientos. Le pedí que se quitara los calzones para después descansar sobre mi pecho. Las luces del autobús se apagan. La luna con sus sensibles rayos, ilumina sus muslos tranquilamente montaña tras montaña. Coloco mis audífonos y escucho la voz de Sabina narrando los capítulos finales de *Las batallas*. Viene a mi cabeza aquella noche cuando nos despedimos. Su cuerpo acercándose al mío para despedirse con un beso liviano. Quedo. Sus piernas delgadas llenas de polvo alejándose por la avenida de la ciudad, navegando por las luces de los faros nocturnos con su cazadora verde hasta perderse en la oscuridad y el silencio.

Cuando por fin llegamos, ella se dijo animada por festejar ese día. Terminamos en un café bebiendo un par de cervezas. Cenamos en un puestecito de tacos de la plaza y escuchamos mariachis de fondo. Nos fuimos al hotel y cogimos dos veces antes de que cayera dormida. No logré terminar la última

vez, porque ella se cansó. Escuché folk y encendí un cigarro. Observé mi pene flácido. La ansiedad hizo mella en mí, quería tener algo en qué ocuparme para ahuyentar a Sabina. Prendí otro cigarro que se atascó en mi garganta deshidratada: Sabina se alejaba sordamente entre las calles.

VII

BOTE PATEADO

La ciudad ha cambiado. Las microplazas reemplazan las casas de antaño. Los viejos que antes eran rebeldes y revolucionarios, hoy descansan bajo la sombra de la soledad, absortos de tanta furia. Los nuevos empresarios persiguen inocentes en autos de lujo lanzando tiros al aire despertando a los neonatos en sus regazos: el arte que a veces no puede con la vida.

Esa noche volví al parque. Una pareja clandestina se acurrucaba en la banca de enfrente. Unos amigos que son novios desde la secundaria me regalaron un abrazo. No supe de ellos hasta que los tenía en las narices. Sentí ánimos de charlar con ellos, pero el trabajo les tenía el rostro demacrado y no busqué prolongar la conversación. Los conocía porque ella, Diana, era amiga de Itzel. Yo estaba enamorado de Itzel, una gordita de senos enormes. Tardé en decirle que me gustaba. Cuando lo hice fue con una carta. Quería que fuera mi novia, pero me dijo que no. Ella le llevó la carta. A veces, cuando me acerco a una mujer recuerdo a Itzel; a pesar de todo no soy un conquistador. En cierta forma estaba ahí por Sabina y me hubiera gustado contárselo, pero tal vez no creería. Porque a

Sabina, de no ser en un parque a medianoche, sin que nadie me viera, tal vez no la hubiera tenido nunca.

Cambié página cuando un chancleteo me obligó a voltear. “La peluches” es una puta que recorre las mismas calles, sea de día o de noche. La conozco porque una noche después del trabajo, tomaba un trago con unos amigos, Saúl y Paco, en una terraza de por aquí, cuando entró tambaleándose. Ese día todos reímos porque cual caricatura de cine mexicano de ficheras, entró la competencia a buscar lo suyo. Cuando se encontraron en el centro de la pista bailando cada quien con su cada cual, se prensan de los pelos estando así unos 15 minutos. Saúl, que sabe de putas, ya hartó, se decidió a separarlas. “La peluches” lo recibe de tremendo botazo en la espinilla que hizo que unas lágrimas se asomaran en los ojos del camarada. Bromeando le digo que jugaron al “bote pateado” con él.

Me vio y se acercó. “¿Qué haces aquí a esta hora?, ¿poco sí les? ¿Qué me puedes enseñar tú a mí?, yo soy puta, ¿sabes?”, me dijo. No supe qué decir, lo único que percibía era su aliento impregnado de vodka y jugo de uva. Me dijo que era de Michoacán, que el comandante era su cuñado y por consecuencia todos ahí se la pelaban. Me dijo que yo no la engañaba y que me veía sospechoso. Cuando mis amigos de la escuela volvieron después de cenar, sentí un poco de pena. Hoy día, una charla de ese tipo puede arruinar la reputación de alguien y de paso su tranquilidad.

Su pierna sugerente estaba casi sobre la mía. Me disculpé y me fui de ahí. Me dirigió una mirada y comenzó a gritarme que me largara y que me cuidara porque estaría al pendiente de mí. Las ventanas de los alrededores se encendieron para observar qué pasaba. Volví la cabeza y la señora había mutado en pantera, lanzando una mirada que sin entenderlo me acobardó. Mientras regresaba a casa pensaba en esos ojos,

que ante la oscuridad de la noche en cualquier momento podría aparecer la puta desgraciada para seguir gritando o maldecirme o golpearme o no sé qué podría hacer.

Pensé en Sabina. Volví a aquellas noches; cuando la conocí y cuando se despidió. Esa y las noches anteriores, todas mis noches. No había sabido nada de ella. En cierta forma estaba esperando que regresara por ahí, pero no sucedió. Días se sumaban a los otros y con los sentimientos amontonados, la espera se hizo angustia, jugueteando con mis ideas.

Unos días antes, domingo para ser exacto, mientras vagaba por el tianguis de la ciudad, creí verla, vestida exactamente como el día que la conocí. Parecía que flotaba entre los puestos. Llevaba la misma sonrisa pegada al rostro: llena de soberbia y orgullo. El tiempo se detuvo por un momento, una viejita que caminaba con su carrito de mandado lleno me lo pasó por los dedos del pie. Tres pasos más, el mentón elevado, su pelo ondulado y corto, danzando al ritmo de los gritos magistrales de los charlatanes, y justo antes de voltear, se perdió entre un puesto de calzones en oferta. Así como aquella noche y aquel tianguis, la vi en la fila del cajero, la parada de autobús cerca del puente y en la cantina de don Manuel.

Nadie se da cuenta de eso. Era entonces un esotérico emocional, y mi mente, la víctima.

VIII PERRA CIUDAD

Treinta años este mes y desde los veinte no puedo sacar de mi cabeza aquella pequeña que conocí en la preparatoria. Aquella que perdida en alcohol me confesó que su tío ebrio había abusado de ella. Doce años de aquella confesión que me cambió la vida. Realmente jamás se olvida, se aprende a vivir en desgracia. Te conviertes en un ser que lleva una pena en el alma que nunca se marcha. Y son navidades, cumpleaños, celebraciones escolares y laborales donde volteas al cielo pidiendo que a esa persona cada día le duela menos. Hoy se cumplen 12 años también de aquel primer beso y esa fatídica confesión. Soy un romántico de las fechas y cuando se trenzan así, tengo ciertos calosfríos, como la frente helada cuando le daban bruscamente varias mordidas a la paleta de hielo, pero en el alma.

Muchos no lo entienden, pero a mí no me cambió ella, me asesinó que el pasado la alcanzara y en los recovecos de su consciencia destruida, recordara que yo también era hombre. Todos ponemos de nuestra parte, es cierto, pero no hay un instructivo que te ayude. Como hombres también

estamos solos frente a ese demonio. El lunes, una cita con una sobreviviente; el martes, el apenas tiempo luego de un embarazo prematuro; el miércoles, el trauma en el sexo por el sexo frente a sus hijos porque el marido llegaba borracho; el jueves, la reputación heredada de la madre y los fines de semana siempre una sorpresa nueva, mejor que la otra: la belleza, el pasado, los adioses, el futuro, el terror, la revancha y el silencio enrarecidos por el alcohol. No quedan mujeres felices. Sólo muertas con apenas fuerzas de volverse a levantar.

Y lo hicieron, y en todas ellas, Sabina con el revólver de su padre en la cabeza noche y día. Fénix púrpura encarnado en los ojos del tiempo muerto, sangre desierta en noches de luz desnuda y tranquila.

Aquella mañana, Esmeralda se despidió muy temprano; tenía que trabajar y yo descansaba ese día, así que podía tomarme ese rato para dormir desnudo hasta que venciera el cuarto. Cuando los rayos del sol penetraron por las orillas de la ventana, me levanté y me eché agua en el rostro. Me senté en la orilla de la cama y contemplé mi panza en el espejo: siempre veo en él al pequeño gordito de la primaria y me pregunto cómo es que la vida me dio la facultad de estar con esas mujeres tan bellas. Urjo ese valor sordo que me sorprende divertidamente como al monstruo come galletas, sin que éstas tuvieran que odiarme después de haberse marchado, de abrirles la puerta para no volver, y, por el contrario, siempre que coincidíamos en la calle me abrazaban con calidez. Es posible que ellas me aceptaran, o vieran en mí las cualidades que simulaba. De todos modos, sí, estaba orgulloso, ese era el placer definitivo de esos encuentros.

Prendí el televisor y dejé el sonido de fondo de un programa de revista. Los carros por la avenida avanzaban y los pájaros roncós de la ventana cantaban: ellos lo saben, esa es su única

tarea en este mundo, recordarle a alguien todos los días que ha ganado en algo. Encendí el último cigarro. Lo odié, pero no podía evitar ese cliché. Entregué las llaves. En la recepción robé el periódico del cuidador, lo acomodé entre los oficios de la universidad y me fui discretamente.

El día había llegado. El día de mi toma de protesta estaba ahí. Lustré los zapatos y saqué el traje azul del closet. Toda mi familia estaba presente. Irónicamente el único que no cupo en el carro, era yo. Les dije que un amigo pasaría por mí para evitar discusiones y dejé que se marcharan a la universidad.

Damien Rice, Oasis, Radiohead, Travis, Joshua Radin, Ed Sheeran, The Libertines, U2, Led Zeppelin, Queen, Bon Iver, etc. La sinfonía de los árboles meciéndose, combatiendo los chelos y violines endemoniados, son el dorso de la mano de dios tendido en la almohada de hierba a través de la ventana del autobús. Ver en las nubes luchar a los demonios de mi pasado con los sueños de mi libertad combativa es sublime. El galope del viento en mi rostro y el motor cantando la ópera del asfalto, deja en ridículo a cualquier droga inventada jamás.

Las primeras gotas de lluvia se presentaron; mi corazón se consternó: era inaudito que después de tanto tiempo estuviera logrando algo que prometí hace años. El britpop y el folk combatían por ser el soundtrack de esa tarde. En el instante en que la lluvia parecía llorar contra la ventana, encuentro el periódico de aquel hombre de la recepción que hurté. Hojeo un par de veces y en la parte central, una nota llena de vulgaridad atraviesa cual mazo de hierro mi pecho: “muerta en el canal”, un cadáver sin identificación había sido localizado la mañana del viernes. La cazadora destrozada y las botas llenas de lodo y sangre.

Cuando llegué al auditorio de la escuela mi familia esperaba por mí. La lluvia cesó. Nadie sabía de ella, entonces hice todo lo que pude para empatar mi sonrisa con la de ellos.

Sabina desapareció entre las luces y la noche de esta perra ciudad.

SEGUNDA PARTE

I EL PERIODISTA DEL PUEBLO

Con el tiempo ganamos sensibilidad. Algunos más que otros. Un lastre pesado. Una colina larga de rocas boludas por la cual se camina en zigzag tropezando, y en el acto, la desesperación de ver los muros derrumbarse a tu alrededor. Si de casualidad encuentras en algún canal tu caricatura favorita de la infancia, regresas en el tiempo. Eres de nuevo un pequeño que fantasea. Sin embargo, conforme avanzan los dibujos en la televisión, todo en ella es un castillo flotante que se desploma frente a tus ojos, fuera de toda lógica y realidad. Tu infancia está en momentos destruida porque esa fantasía fue sostenida por la ingenuidad.

Cuando los castillos se desploman en el aire, tras de sí caen todos los vicios del hombre que de vida llama experiencia: individualismo, territorialidad, religión, identidad, clasismo, etc. La sociedad brusca. Nos descubrimos tatuados de situaciones cotidianas y caricaturescas, donde el pueblo por ser pueblo es bueno y por jodido puede hacer sátira del más ruin de los actos. La tiranía es suerte de todos, una extensión de la estupidez. No hay sensibilidad.

Una caricatura. Vuelvo a la primera noche en que nos conocimos.

El cuarto estaba a punto de vencer, así que cogimos desesperadamente antes de que el tiempo nos cayera encima. Después de tomar aire y antes de comenzar a vestirnos, nos detuvimos frente a la cama para besarnos y jugar con una vez más con nuestros cuerpos. Acariciaba mi pito y yo le movía los senos como si se tratara de unas persianas. Sabina no desprendía su cuerpo del mío. Caminando a mi espalda rumbo al retrete, sosteniendo mi pene para poder orinar. Cerré los ojos y disfruté de la sensación extraña de una mano que no era la mía, tomándome el palo mientras orinaba. “Terminé”, le dije. Me la sacudí y pasó al frente besando mi pecho bajando lentamente hasta sentarse en la taza. No estaba flácido, pero tampoco tenía la potencia de quien va a entrar por primera vez. Aun así disfruté las chupadas que me dejó mientras su orina se abría paso por su vagina. “Dame papel”, me dijo. Y yo, volteé para todos lados sin encontrar nada. Salí del baño y hurgué por todas partes. Cuando estaba a punto de despedirme de uno de mis calcetines, noté que sobre el televisor había un periódico. “Justo lo que necesitas”, le dije. Volví al baño y sostuve la nota mientras ponía su boca en mi pene otra vez. “¿Periódico?”, preguntó. “ahora verás”, le contesté. “Escucha”. Entonces, comencé a leer para ella, la noticia del día anterior escrita por el periodista del pueblo. Una nota llena de cacofonías, faltas de ortografía y palabras adornadas estúpidamente. Pesada redacción con detalles falsos. La falsedad era el asunto de todo eso, digna para la vulva de Sabina.

El periodista que no era periodista, era hijo de un señor que tampoco era periodista. Al morir, heredó todas las mañas y malas prácticas. En un principio me parecía un ejercicio válido, de mal gusto, pero noticioso. Informativo en el último de los

consuelos. Sin embargo, enfurecí cuando supe que pagaba para que los elementos del heroico cuerpo de bomberos le pasaran el chisme, según lo hayan escuchado y así, éste publicarlo como nota.

Fue este imbécil quien, a Gloria, una veracruzana desgraciada que se arrojara de su tinaco buscando la muerte, orilló a escapar de la ciudad, ya que, aunque sobrevivió, el inútil iletrado le arruinó la vida publicando su foto en primera plana con una foto de cuerpo entero con el título “Suicida quería terminar con su vida”, sin proteger la identidad. Aquella mujer se sintió tan avergonzada que en cuanto se mejoró, salió huyendo. Fue él quien público que Joaquín había robado una casa habitación una noche de marzo y la turba enardecida corrió a lincharlo. Se demostró que era una de muchas notas falsas que habían llegado a sus manos y éste sin confirmar lo publicó.

Cuando leía para ella esas notas penosamente redactadas: “AGREDIÓ A SU PADRE. TRAS FUERTE DISCUSIÓN FUERON ALERTADOS ELEMENTOS DE LA CES QUIENES CALMARON AL ‘ALOCADO’ HIJO QUIEN IBA SER TRASLADADO ANTE LAS INSTANCIAS CORRESPONDIENTES SIN EMBARGO, EL PROGENITOR ANTE EL TEMOR OTORGÓ EL PERDÓN”. Se botó de la risa haciendo un ruido contra el vacío que provocó el miembro en su boca. Me arrebató el periódico de las manos y lo metió entre sus piernas llenándolo de orina.

El periodista del pueblo era malo y provocaba violencia por ignorancia. Sabina era mala por desgracia. Tenía un extraño sentido de justicia salpicado de revancha y soberbia idiota.

II LAS NUBES PARDAS

Amarte duele era la película de moda cuando los dos miles comenzaban. Se rumoraban muchas cosas, que había sexo, pero los camaradas exageraban al respecto. Con ese morbo corrí entre los puestos del tianguis para llegar al de películas y comprar esa cinta. De las últimas en formato VHS. En aquellos años era una hazaña esconder el porno de tus padres con esos cuadros negros tan estorbosos. No era porno, pero se parecía. Hoy es difícil que alguien entre a tu teléfono si tú no lo permites, pero en aquel tiempo, incluso, había que encontrar la oportunidad ideal para estar solo y poder hacerse una chaquetita.

Rebobiné y en minutos supe que de aquella película no sacaría nada, era un drama donde apenas se dejaban ver un par de senos hoy muy conocidos. Corrí de vuelta al tianguis y en esta ocasión pedí con algo de vergüenza, una película para adultos. Porno tal cual, le dije. El dueño del changarrito me hizo entrar en un privadito armado de cartones y telas, “que no te la vean”, me dijo. “Guárdatela, guárdatela, bien”, me dijo, pues se me notaba lo morro en esos años.

Cuando volví a casa corrí de nuevo al cuarto de mis papás donde estaba la videocasetera y metí el segundo cuadro de la tarde. Mi primer porno: la cabeza me daba vueltas de ver a esas mujeres con sus cabellos voluminosos, labios rojos y collares de perlas por debajo de los grandes pechos. Recuerdo que al ver que una de ellas sacaba el pene de un sujeto debajo de un pantalón azul claro deslavado, comencé a frotar mi mano contra el pantalón. Sin darme cuenta estaba frente al televisor con los pantalones en los tobillos, frotándome el pilín; una sensación nueva y placentera. Cuando aceleré el ritmo, sentí como un calambre desde los pies a la cabeza, la vista se me nubló y por instantes no pude ver nada, caí aturrido de nuevo en la cama. El placer se sobrepuso al miedo inicial, elevé el mentón para darme cuenta que de mí había salido una especie de saliva espesa que manchaba los cajones del ropero de mis padres.

Mi madre llegó ese día de la nada. No alcancé a quitar la mancha con la manga de mi camisa. Desde mi cuarto miraba cómo ella batallaba intentando quitarla del barniz. Achicaba uno de los ojos con pena, implorando que no se quitara los guantes de cocina. Cuando supe que masturbarse era pecado, dejé de hacerlo por varios meses. Supongo que los padres son inteligentes y eso es bastante humillante. Eso como si en adelante fueras desnudo para todos lados ante sus ojos.

Cuando la necesidad me ganaba, pensaba en ello todo el día. Tiré mis naipes de mujeres desnudas, los videos y evitaba verles las nalgas a las mujeres en la calle. Esto dejó de interesarme cuando pasó el tiempo y fui del sexo con mi mano a penetrar mujeres. Sin embargo, ese fantasma de la infancia no se va tan fácil.

Cuando entré a la universidad y analizamos el tema detenidamente, supe que estaba equivocado completamente

y que era una injusticia que las personas fueran por la vida con tanto miedo de un ser que no conocen. Lo más raro: fue en una clase de política comunitaria. Eso cambió todo. Hubo cierto clic. Cierta hambre de atrevimiento, de rebobinar también los años y ganarles la partida. Después de eso, entré varias veces a templos en los que froté mi verga bajo la imagen de algún santo. Incluso vi en mujeres conservadoras un reto y con palabras blasfemas logré que abrieran sus piernas en una de esas bancas para que gimieran mientras su mirada se nublaba mirando la imagen de dios.

Nos volvemos seres soberbios por revancha. La naturaleza del ser humano y la ignorancia de éste sobre lo esencial e irrefutable de los instintos pulsionales, no te hace una mejor persona. El aroma del absurdo nos envilece y es placer de sabios entender que no hay mayor virtud que el respeto. Lo mismo pasa con la música, la literatura, el teatro, el cine, el dinero, los bienes, las mujeres y los amigos.

Creo que de ahí viene el éxito de la prostitución, muchos hombres en toda la historia han sentido la sed de una mujer, poco tiempo y pocas ganas de verse falsamente enamorados dos años después sólo porque ese era un buen acostón. A veces el sexo se vuelve un buen trato. Si hay buenos sujetos en un bar de putas, son esos, aquellos para los que el trato de la carne es un alarde también de honor. Y seguirá de ese modo hasta que tener sexo, pedirlo, no sea lo que pedir un vaso de agua.

No la extrañaba. No sentía remordimiento. En mí no había rastro de culpa sobre lo que le había pasado. Había estado conmigo dos noches, dos ocasiones en que demasiadas cosas se movieron y vi tantas vidas en la de ella. Mucho más que su muerte, me perseguía la incógnita de su existencia. Me dolía ella, como una extensión de una sociedad descarnada,

vil, desinteresada y ruin. Cada mañana mientras caminaba al trabajo con los audífonos puestos, con las nubes pardas llenas de bruma y sol, pensaba en la cazadora llena de sangre, en los cabellos llenos de tierra y las ropas rasgadas, desechas por la jauría mental de un maniaco. Era inevitable recordar su silueta perderse entre las luces de la noche, con el humo coronando su peregrinar; locomotora sexual y rebelde. Entonces la vi. Se acercaba desde el final de una calle que se extendía unos 100 metros. Bajaba y subía de la banqueta, evitando charcos. Pensé que esa sería Sabina mientras corría a la escuela (si es que ésta fuera a la escuela). Unos mallones guinda, botas negras y una blusa de Nirvana. El mismo pelo y las mismas piernas estilizadas. Faltaban unos pasos cuando esa mueca ruin en el rostro se acercaba a mí. No, no era una alucinación. Era ella intentando ocultar una sonrisa descarada. Una hiena que me asechaba, deteniéndose frente a mí. “¡Verga! ¿Qué está pasando?”, le dije. Me dio un beso en la mejilla, elevó la mano para mostrarme un porro y me dijo: “¿Qué?, ¿qué? Jaja. Ja. ¿por qué me miras así? Ja. Jajaja. ¿No me digas que también caíste? Todos son unos pendejos”. El encuentro duró sólo unos minutos, se excusó diciendo que debía correr al trabajo. “Entro a las 8:00, me voy, te escribo luego”, y se fue de ahí. Caminé un par de cuadras aturdido sin entender qué pasaba, juzgando si lo que había pasado era realidad, cuando timbra mi teléfono: “te veo a las 8:30 donde la última vez”, escribió.

No pude concentrarme el resto del día, esperando que dieran las 8:30. Cuando llegó al lugar acordado, compró un par de caguamas. Bajamos al sótano, sacó una cajetilla de Lucky Strike, jaló un par de sillas y elevó las piernas. Hablaba de una chica, Mariana: “estoy enamorada, sabes, es una mujer tan parecida a mí. No está muy buena, pero tiene un rostro hermoso, la amo. Voy a ese puto trabajo todos los días sólo

para verla”. Tomé uno de sus cigarros, bebí con irritación y la miré fijamente mientras ella veía perdidamente el techo del que se había convertido en nuestro lugar. Después de un rato de silencio, bajó los pies y me preguntó qué tenía. “Estás muy callado”, dijo. “No mames, qué pedo contigo. No entiendo qué pasó”, le dije.

Ella y uno de sus aliados comepasto, habían inventado todo. Había fingido su muerte, enviándole todos los detalles al buen “Miguelón”, a nombre del jefe de protección civil. Se dieron a la tarea de investigar todos los datos necesarios para que aquello pareciera una muerte sangrienta, y el popular sujeto de las noticias sin enfado lo había publicado. Un periodicazo más: otra desgracia sin comprobar que esa nota, como siempre fuera verídica. Lo había hecho por el sencillo placer de humillar ante los ojos de todos al iletrado vocero del pueblo. ¿Tenía yo que ver con eso? Yo le di el periódico. Le dije lo que sabía. ¿Era de algún modo mi culpa?, pensé velozmente mientras la historia continuaba.

Recuerdo plenamente esa risa, esa que llevo calcada en la mente, burlándose de todos por ser unos imbéciles, unos completos estúpidos. Una risa empapada de crueldad. Sé que el amor está en el rostro de mamá. Sé que la nobleza se halla en los ojos de un animal, de casi todos. Sé también qué recuerdo debo evocar para sentir miedo.

Las risas se prolongaron cuando la tomé la primera vez por la espalda y la cogí contra la pared. No pude resistir y en minutos, en segundos me vine. Entonces, se puso de pie y se burló de mi cantando una canción de hip hop. Era “Cartel de Santa”, en ella hablaba de la eyaculación precoz. Me senté sobre la cama y callé por unos minutos. Subió por un par de cervezas más y me arrojó un cigarro entre las piernas. “Quiero que estés bien”, aún no entiendo por qué dije esta

última idiotez. No porque no lo sintiera, sino porque sabía que eso avivaría el sarcasmo.

Quedaba un poco de cerveza en los envases de ambos. Cuando se disponía a salir del lugar llena de orgullo, giró la cabeza y me dijo: “vámonos, acábatela. No quería venir. Sin embargo, un compromiso es importante para mí, y quería coger chingón, pero esta vez ni para eso me serviste”. En ese momento tiré con fuerza de su brazo y la arrojé al suelo. Subí la falda oleada y negra que llevaba. Bajé sus medias y desgarré sus calzones blancos. La cogí con fuerza contra el suelo. Como no había recobrado energías comencé a ponerme flácido muy pronto. Tal vez fue eso o la frustración que sentía hacia ella. Entonces, salí de ella, elevé sus piernas hasta mis hombros y con rabia introduje un par de dedos en su vagina. Gritó. Se escucharon pasos por las escaleras, pero desaparecieron. Me tomó del cabello, lo apretó. Me jaló la camisa y golpeó el suelo varias veces. Cuando estuve listo de nuevo, excitado por sus gemidos la volví a penetrar hasta que mis muslos se humedecieron. Tumbada en el suelo, tomó un cigarro. Después de un rato, subió sus calzones y las medias. Sobre la puerta principal habían dejado un pequeño recado al reverso de una etiqueta de cerveza: “joven, cuando se vayan, por favor cierre la puerta y apague las luces de la calle”.

Caminamos por las calles desnudas de gente a las tres de la mañana. En un crucero, tomamos la calle para besarnos. Acaricié su rostro ligeramente y ella me dijo: “huelas a mi vagina”. Reímos un poco y de los rincones de un callejón baldío se escuchó: “eres una puta”. Caminaba de su mano, pero era como hacerlo de la mano de un maniquí. No quería verla ni hablarle. Irónicamente, lo único que tenía en ese momento era dejarla por ahí botada, no quería saber nada de ella ahora.

Reímos con más fuerza y caminamos mientras Sabina comenzaba a tambalearse. Paró en una cuadra después bajo una ventana donde según ella vivía un amigo que le debía dinero: “Andrés, Andrés”, gritó una y otra vez, haciendo que los perros ladraran. Cuando una patrulla se detuvo, los insultó y golpeó su parabrisas. Como a mí no se me notaba la borrachera, decidieron marcharse. Quería que la llevara a un lugar donde según ella, había marihuana y mucho alcohol. Gritó por todas las calles que recorrimos buscando un taxi, diciendo que no sabía con quién se metían, que su abuelo era un comandante retirado y que en un rato podía fácilmente matar a quien ella quisiera. Cuando subió al taxi que la llevaría a casa, me tomó del cuello para darme un beso largo y viscoso. “No tengo dinero, le pagaré con una mamada”, me dijo.

Esa noche no volví a casa. Vagué por las calles un par de horas. Compré un cuartito de Presidente en una tienda de 24 horas y una Coca Cola, además de unos cigarros. Llegué a la misma plaza donde la conocí y me senté el resto de la noche hasta que el cielo comenzaba a clarear. La risa, su risa, iba y venía de mi cabeza y se quedaría ahí por siempre.

III

FRENTE A TI EN NAVIDAD

Las piernas largas. Sus piernas que iban y venían. Que me encantaba tenerlas, lo mismo en los hombros, sobre mi panza o simplemente acariciarlas. No puedo negar que me excitaba. Antes de aquella ocasión en que la encontré vagando a media noche, ya la había visto por las calles de la ciudad. Falda color guinda, botas y medias negras, blusa con la espalda abierta, pelo suelto que se mecía al ritmo de sus pasos, lentes negros, una mochila grande escurrida hasta las nalgas y los labios rojos. Caminaba por varias calles, es difícil predecir los pasos de quien está escapando, pero con frecuencia se le ve por las calles más solitarias elevando los brazos, *sacando el humo mientras todo pasa*. La primera vez me limité a verla, parecía una niña que no rebasaba los 16 años. De esas niñas que imitan la sensualidad que ven en el porno. Aunque todo en ellas son movimientos torpes. Naturalmente pueden provocarte una erección, pero el sexo para ellas se reduce a meter y sacar, gritar o callar, chupar. Sin bailes, sin golpes, sin masturbaciones mutuas, sin retórica sexual. Nada más allá de los cuerpos dilatados. Gemir, vestirse y correr.

Cuando tienes 19 no estudias, tu madre redescubre su vida social a los 43, eres la mayor de cuatro hermanos, y tu padre se voló los sesos frente a ti en Navidad, no queda más que abrazarte a todos los clichés que la vida te ofrezca. Una balsa que se aproxima a lo lejos, mientras te aferras a lo que queda de una puerta de madera, con las nubes rosadas de cobija y los pies helados bajo el mar. Identidad que hace equilibrio en suelos enjabonados. Claro, todos pasamos por eso. El problema surge cuando la estupidez se sobrepone. Cuando la soberbia y el dolor se mezclan y sobre todo cuando aprendes a volver las manos y conviertes en puños los confines de tus miedos.

A Sabina no se le puede reclamar nada. Es víctima como todos de un medio que la orilló a viajar a través de los huevos de su padre, pasando por el recto, llegando a la matriz de su madre para salir por su vagina, y ser desde ese momento una exiliada. Vagando todo el tiempo con los labios al aire buscando el seno fúnebre del cuerpo ausente. Abriendo los ojos para ver furia, rabia contenida en llanto gran canario. Vagó y vagó, hasta que encontró de a poco y en cada lugar, personas del otro lado del espejo que simulaban heridas como las suyas. Frescas, expuestas, palabras secas y decisiones arbitrarias, jugando a la ruleta rusa en cada brinco, en cada trago.

Prefiero pensar que sólo era estúpida y no malvada. Confío en que su combinación cromosomática no tumba esta teoría y sea, sin pretextos, una mujer siniestra. No sé si la quiero y quiero que esté bien o si es mi necesidad de abrazarme a la fantasía de que, si ella logra salir de las sombras, haya esperanza para otros. Nosotros. Tal vez el problema haya sido ese, deposité ilusiones de una nueva generación redentora en ella cuando noté que no era más que

una pose barata. Creí en ella, y ella oscureció el camino de ambos, llenándonos de miseria y agonía. Yo buscaba olvidar el tiempo, ella buscaba venganza.

Ahora entiendo que en ella, además de sus piernas danzantes, me llama la atención ese caminar soberbio, la altiva forma de planear el vuelo y demostrar que nadie estará por encima de su hombro. En ese hábitat, generalmente el débil perece. El fuego quema las alas de papel. El viento choca entre muros y la lluvia hace charcos haciendo girar la caca.

Esta vez no tardé en volverla a ver. Pasaron un par de días. Bajaba de una colina a las faldas del cerro con una chica que a todas luces era menor de edad. Obviamente venían de fumar marihuana. Sabina con una de sus faldas y su amiga con un pantalón a la cadera. Yo acababa de coger el día anterior con Blanca, una mujer que desde que era pequeño me gustaba. Gran trasero y un marido muerto. Mejor aún, su única pareja. Aquello era un clavado en una alberca llena de espagueti; el placer me topaba en vacaciones hasta las tres de la mañana sobre la lavadora, el sillón, en la ducha y el suelo. Entonces, tenía el resto de la tarde para leer *A sangre fría* bajo las faldas de un árbol de aguacate.

Escupían palabras y reían, abriendo la boca, cual fauces de un cocodrilo. Cuando Sabina se percató de mi presencia, saltó los ojos y pareció sorprenderse. Cuando me tuvo de frente, me presentó diciéndole: “mira, él es tal, del que te venía platicando”. Su compañera que llevaba una cinta roja en la cabeza, y un “pirsin” en el labio inferior, no dijo nada limitándose a sonreír. Sabina me preguntó qué leía, arrebatándome el libro de las manos, pero no contesté, no podía evitar pensar que quizá se reían, porque justamente le contaba de mi corrida prematura, dos noches antes.

Cuando le arrebaté el libro y me despedí, no pude evitar voltear. Las vi jugueteando calle abajo, mientras en mi cabeza ambas ya estaban desnudas en el sótano de las caguamas. Breve, estaba bastante satisfecho de la noche anterior. Sabina volteó y me vio alejarme. Se reía, ¿de qué se reía?, pensaba y dejaba que se largara de una vez por todas.

IV CON TODOS MENOS CONMIGO

Como cada jueves, nos encontrábamos en casa de Saúl. Desde que aquella prostituta lo pateó en aquel bar a media noche, hicimos recurrentes las charlas entre tragos y literatura. A veces charlábamos de música, deportes, política, amigos, ex amigos, su paranoia y mi ansiedad. Pero mayormente hablábamos de literatura. Nos pasábamos la noche, después del trabajo, mezclando brandy o ron con agua de la llave. A Saúl no le gustaba, le daba miedo enfermarse de E. coli. Yo conservo ese instinto salvaje, me gusta sacarlo a pasear con pequeños gestos como ese. A veces muerdo trozos de bistec crudo y confío en el agua del grifo. Cuando me tocaba entrar a la cocina de su casa para rellenar la jarra para los tragos, me preguntaba, ¿de dónde sacaste el agua?

Terminábamos una y otra cajetilla de cigarrillos mientras discutíamos de Baudelaire, Rimbaud, Panero, Bukowski, Paz, “el Gordo” Iglesias, Maricruz Patiño, Saúl Ordóñez, Chimal, Cortázar, Ruvalcaba, Pacheco, Castañeda, Gómez, Major y demás exquisitos que por gusto de casualidad y consciencia venían a nuestra cabeza. Así se nos iba la noche, hablando de

letras. Justo antes de que el primer gallo de la mañana cantara. Eso nos unió. Eso, y la muerte del gran Jacobo Díaz.

Una de esas noches no pude sostener la charla lo suficiente. Hablaba con Laura, una amante de Cuernavaca que encontré una madrugada de hastío en una publicación de música electrónica. Lo primero que hice, cuando logré captar su atención, fue pedirle que se acostara conmigo; que me mandara fotos desnuda. Para mi sorpresa, ella jamás se marchó ante mi retórica sexual, y eso me encantó. Desde entonces erotizamos a través del teléfono. Esa noche, cuando me videollamó quitándose de a poco la ropa, no tuve opción más que entrar al baño y dejar que viera mi palo para que terminara su noche tranquila. Cuando ésta abría la boca cual caimán al acecho exhalando hondamente, Saúl abre la puerta y me sorprende con el pantalón en las piernas y el miembro en las manos. El silencio reinó un par de segundos, ella cubrió su cuerpo con las sabanas y Saúl cerró la puerta. “Ups”, dijo Laura. Nos despedimos. Cuando volví a la banquetta, fuera de la casa, tenía ya un par de tragos servidos. Bromeamos ligeramente sobre el incidente y seguimos con la charla.

Cuando nos despedimos esa noche y caminaba con los audífonos, gastando el penúltimo cigarro, recordé un episodio similar mientras trabajaba en un bar para pagar la carrera. Auxiliar de la oficina administrativa del hospital regional por las mañanas, mesero por las noches. Entonces, esa mañana hacía servicio para cumplir prácticas profesionales. Recogía los detalles de ingresos de turno. Quería terminar la ronda para el cubículo de información y entre las mentadas de desesperación y miedo de los familiares de los pacientes, esperar que se consumiera el reloj.

A los pies de la última cama del último pabellón, estaba

una doctora, de la cual nunca supe su nombre. Alta, delgada, de facciones finas, pelo rubio. Era obvio que venía de las fronteras del Estado con Michoacán, de la Facultad de Medicina de ese estado, escudo que cuando me acerqué noté llevaba cosido al hombro. La contemplé unos segundos acercándome muy despacio, mirando su perfil a contraluz de las luces pálidas del hospital. Cuando nota mi presencia, apenas mueve la cabeza sin girar. Punto final al reporte de alta, lo pone en mis manos y se retira sin dirigirme la mirada. Aún no emitía palabra alguna, cuando vuelve el cuerpo y me llama a la puerta de la sala, “no es necesario asignar enfermera, está desahuciado, dedica el tiempo del personal al resto”, dijo ella, desvaneciendo una mirada de desprecio sobre mí.

Una tarde, mientras preparábamos todo para una noche de fiesta —fiesta claro para el resto— salí a la calle a comprar un kilo de limones al supermercado. Cuando volvía, noté del otro lado de la banqueta a una rubia tremenda. Caminaba con otras dos, pero ella particularmente era fuego. Llevaba un top sólo una mano por debajo de los senos, senos que por cierto eran redondos y firmes. Si ponías atención podías notar sus pezones duros. Un poco debajo de su ombligo desnudo al viento, los jeans ajustados abombaban sus caderas que al caminar parecían llamarte; parecían cabalgar. En ese momento supe que debía tener su teléfono y corrí como idiota con el kilo de limones, la tomé por el hombro y la hice girar. Cuando volvió el rostro me miró sorprendida. Ella no me recordaba por obviedad y yo asombrado le dije: “te iba a preguntar tu nombre, pero ya nos conocemos, te vi esta mañana en el hospital”. “Ah, sí, el de los recados, ¿no?” Se rió, y me dijo: “no estoy interesada”, y se alejó mientras sus amigas se burlaban de mí.

Un par de horas después, mientras limpiaba mesas, apareció

en el lugar donde trabajaba. Llegó temprano, bebió de principio a fin, bailó a veces sola y a veces permitiendo que todos en la pista la rosaran grotescamente. En algún momento de la noche me llamó a su mesa y me dijo: “me quieres coger, ¿verdad?”, cuestión a la que no pude responder, era entonces un imbécil con la boca cuando de seducir mujeres se trataba, el gordito de la primaria siempre iba conmigo a todos lados. Entonces, se me acerca y me da un papelito ordenándome: “llévaselo al barman”. Acto seguido estaba en la bodega cogiendo con aquel personaje. Cuando salió de ahí, se subió a una bocina y se levantó la blusa, dejando sus delicados pechos al aire. En ese momento al dueño del bar le dio por tenerla y me pidió que la llevara a la barra. Ni siquiera había terminado el trago del coñac más caro que había en el lugar, cuando ya estaba de nuevo en la bodega, gimiendo sobre los cartones de cerveza. Me paré en la puerta identificando esa sensación extraña que se parecía a la de mi infancia cuando jugábamos a la botella, la niña bonita de la cuadra se besaba con todos menos conmigo. Pensaba en esto cuando se escucharon gritos. Inmediatamente la doctora cruza la pista de baile jalada de los brazos por dos guardias de seguridad. Después de ver cómo era echada a la calle, pregunté qué había pasado: se le había ocurrido vaciar el trago sobre la camisa del dueño.

Pasó un tiempo cuando me acerqué a la puerta y noté que seguía fuera del bar, bajo una marquesina, resguardándose de la lluvia, completamente mojada. Cuando se dio cuenta que la observaba por la ventanilla de seguridad, me gritó: “que chingados me ves, pendejo... chinga tu madre, puto”. No podía sentirme más estúpido de lo que ya me sentía, al contrario, esa imagen me excitó insólitamente. Parecía mi oportunidad de abordarla y ahora sí poder coger con ella. Abrí nuevamente la mirilla y ya no estaba. Desaté mi

mandil, dejé las comandas, el destapador y salí a la calle. Miré hacia abajo y nada. Miré hacia arriba y la vi a unas cuadras tambaleándose. Corrí tras ella, pero cuando estaba a media cuadra de alcanzarla, un personaje en una bicicleta se le empareja. Después de cruzar un par de palabras subieron por una colina donde la luz era cada vez más escasa. Los perseguí una media hora y desistí. Cuando volví al bar, la jornada había terminado. El gerente me conocía perfectamente, me dijo: “¿te fuiste a perseguirla verdad, cabrón?” Cualquier excusa que inventara sería inútil, lo sabía, aun así lo intenté. Soporté las burlas hasta que en esa misma puerta, a billete contado, se hicieron cuentas, nos pagaron y se repartieron las propinas.

Eran ya las 4:30 de la madrugada, habíamos hecho la cita para la limpieza del día anterior marchándonos cada quien a su casa. Encendí un cigarro lleno de frustración, no sólo no había logrado coger con aquella mujer, además era un enfermo ante todos en el bar. Escoltado por esa idea, avancé tres cuadras, cuando a unos metros de la plaza principal y de la alcaldía municipal, en unos portales inmensos, escuché un llanto. Me acerqué, era ella. Sostenía sus piernas, en una de sus manos llevaba uno de sus tacones ya roto. Tenía la ropa llena de lodo, cuando me vio, como era de esperarse, despotricó en mi contra. Me detuve frente a ella unos minutos, inerte, sin decir nada. Intentó mirarme un par de veces y se agachó nuevamente. “que chingados quieres, lárgate...”, me dijo. Pensé en llevarla a casa, pero sabía que esa no era buena idea. Pensé en llevarla a un cuarto de hotel, pero no sabría cómo justificar que la dejaría ahí en ese estado. Intenté dar un par de pasos, y no pude. Entonces, fui a la comandancia. Pedí que la llevaran a casa, explicando quién era. Y que con la suerte del respeto que la sociedad les tiene, no hicieran mayor

aspaviento. Esa tampoco era opción, los guardias me dijeron que no lo podían hacer, ya que, aunque estaba ebria, era mujer y podían meterse en problemas. Como última opción llamaron a protección civil, la subieron en la caja de la camioneta y se alejaron con ella gritándome injurias. La llevarían a un albergue comunitario. Los policías que no dejaban de sospechar de mi relación con la ebria enfurecida, se marcharon sin evitar mirarme con desprecio.

Esa noche no pude dormir. No volví a verla en el hospital. Creo que el gerente no me conoce del todo. Calle abajo, mientras me alejaba de la casa de Saúl, esa sensación, la sensación de aquella noche regresó a mí, como estoy seguro había pasado en algún otro momento. Pero tan pronto vino, se fue, se esfumó con el humo del cigarro; mi redención llegó con la niebla espesa de la madrugada. Hacía años que estaba curado de bochornos libidinales, esperaba que él también. Que Sabina no se le pareciera tanto a ella.

V EPISODIO: SIEMPRE A MEDIAS

Hay cosas que viven contigo siempre. Eso estructura tu personalidad. En algún momento de la infancia, la genética, qué sé yo, marca el camino que has de seguir. Cuando estos episodios se vuelven conscientes, nos hacemos de hábitos que nos ayudan a sobrellevar la carga, pero cuando ignoramos ese algo que constantemente nos habla al oído, nos tiende en la cama y nos ata imaginaria y sugestivamente al sillón, a la cama, al comedor por horas, días, volviéndonos una estatua que envejece expuesta al ambiente. Eso destruye.

La supervivencia instintiva nos rescata, pero hay ocasiones en las que no alcanza y debemos escapar.

El primero de esos momentos tormentosos que recuerdo fue cuando estaba en la primaria. Mi padre viajaba constantemente en carretera y yo tenía miedo que un día no volviera más. Después de eso, pensaba en mi propia muerte. Eso me dejaba noches enteras en vela a los 10 años. Cuando mis padres no volvían a casa después del trabajo y en la televisión, después de terminar Dinosaurios y comenzaba Ren y Stimpy, el aire se tornaba espectral y sólo descansaba cuando

escuchaba el motor del carro fuera de la casa y la llave entrar en la cerradura.

Eran minutos de angustia, minutos que mentalmente me parecían horas. Tuve miedo a la vejez. Un día sería un estorbo para todos y ya no podría jugar fútbol y las personas que quería habrían muerto, dejándome solo. Cuando pasé a la secundaria, un abusivo de mi edad me correteó por todo el patio en el recreo: cuando el gordito de la clase tuvo más astucia que él para escapar en zigzag, me metió la pierna por detrás, haciéndome caer, golpeándome la pierna con la orilla de la banqueta. Lo más doloroso no fue el golpe, sino la bola que desde entonces llevo en la pierna. Pasé gran parte de mi juventud creyendo que un día moriría de un tumor cancerígeno. Mi primera novia jamás entendió que el sobrepeso me hacía contar cada cosa y horario en que consumía cada alimento. Eso destrozó mi relación con ella. Cada que la dejaba en la puerta de su casa, comenzaba un calvario por dos cosas: que alguien la matara o que un día me dejara para siempre. Eso me hizo odiar hasta la fecha las llamadas telefónicas, cada que escucho timbrar el maldito teléfono siento que es una mala noticia. Odio las llamadas, odio que me llamen. Odio que les escriba ¿qué necesitas?, y su respuesta sea volver a llamar.

Yo ya había querido escapar, pero nunca me atreví. Por ejemplo, cuando por fin y de una vez por todas, aquella, mi primera relación, mi primer amor, decidió alejarse de mi vida por mis episodios frenéticos. Quería desaparecer, no saber nada de nadie. Afortunadamente, alguien me dijo “debes estar primero bien aquí. Si no estás bien aquí, si no lo superas, no estarás bien en ningún lado”. Y resistí. La tranquilidad es lo más difícil de conseguir, pero el delgado hilo en algún momento se rompe y todo cae.

Son periodos tormentosos donde pienso que mi familia puede salir a la calle y no volver jamás, que en la noche alguien puede entrar a la casa y matarnos a todos, de escuchar cohetes de feria y sustituirlos con balazos, de tener la rabia de querer liarme a golpes con algún cobarde, pero imaginar que ese imbécil puede estar asociado con un grupo delictivo y que un día, sin saber cuándo, puede volver hasta donde vivo y ponerme una pistola en la cabeza, peor aún torturarme de una manera salvaje y sin escrúpulos. Periodos, días, años. Periodos de silencio, de hastío.

La situación del mundo y de este país en particular, no ayuda. ¿Alguien ha pensado en nosotros? ¿En la forma callada en que nos invalida la furia allá afuera?

También pensaba, y me salía de las vaginas que cogía antes de terminar. Me venía fuera de ellas, ya que, aunque tuviera condón, y aunque las probabilidades de embarazarse a alguien con un condón puesto son de 99.99%, prefería no dejar nada a la suerte de mi suerte. Si salía con alguien y me caía bien, si sabíamos reír mutuamente, pensaba o en el dolor que había vivido o que tarde o temprano me enamoraría y que en algún momento me casaría y tendría hijos y jamás saldría con nadie más, o podría ser infiel y vivir con esa culpa el resto de mi vida. Mejor me rendía, intentaba dejarlo todo así. Pero a pesar de todo, en soledad, pensaba en esa soledad, enfebrecía mis manos. Miraba sus labios turgentes, sus pechos nudosos y sus piernas suaves y livianas. Esa carne me hacía olvidar, me ponía duro dentro del pantalón y me les tiraba con una caricia suave en el rostro. Un beso, otro beso. El orgasmo y en el orgasmo, en esos cinco segundos inmaculados, sabía, todo caía en vórtice de regreso al llano de los 360. Sólo resta sonreír en picada exponiendo los pulgares.

Hasta que llega el impacto.

Hay algo que nadie puede decirme; la palabra prohibida: “tengo algo que decirte, pero mejor mañana”, eso significa una noche de angustia y falta de aliento. No puedo planear algo con anticipación y prefiero decir que me gusta que las cosas me sorprendan. Generalmente se molestan por mi falta de compromiso a largo plazo y eso en resumidas cuentas se traduce en poca o nula capacidad para ser puntual. Suelo ser rebuscado al momento de redactar una carta de presentación empresarial, ya que, en lo concreto, puede escapar algo a mi intención de ser lo más específico, y claro, en los alcances de mis capacidades y los negocios que dirijo, dirigía ¿Dónde está ese tiempo? Sin forma ¿Estoy? Como compulsivamente, aunque el estómago no me pida comida, incluso si estoy lleno.

Hice del ejercicio una terapia que me dio mucha condición, sin dejar, paradójicamente, de ser gordito del todo. Camino sin pisar las líneas de la banqueta. Me trueno los dedos. Me enfurezco si no encuentro algo, si alguien me cancela unos minutos antes de la cita, si alguien con un recién nacido se para a la orilla de un barandal, si las bancas de un salón no están ordenadas, con el zumbido de una mosca, si una mujer se aleja sin decir nada y yo tengo una mar de ideas en la cabeza, odio que alguien se dé por vencido por falta de argumento. En las noches no duermo a horas prudentes por el miedo a girar una y otra vez en el colchón, sobre todo si al otro día no tengo nada que hacer. Camino entrada la madrugada por las calles fumando, y en otras más, bebo hasta perder el conocimiento, no embrutecido, anestesiado para no sentir la realidad. Excedo las comas y no termino de escribir por el miedo a que algo se escape. Aclaro y vuelvo a aclarar, como ahora, no quiero esa idea de mí, bruto de alcohol en una cama, sé que no es así. Me alejo o la gente se aleja de mí, prefiero eso a recibir una mirada compasiva exponiendo lo que aquí escribo.

El elevador cayó al fondo. El colapso cimbró el edificio entero. Mi pecho.

Aquella noche recibí su llamada. El poder de esas palabras fue tal, que ahora no puedo siquiera mencionar su nombre. La primera noche caminé sobre la calle fumando, respirando hondo. Paré en una tienda de 24 horas, de esas en las que te atienden por una ventanita. Pedí un cuartito de Presidente y una Coca Cola de lata. Cuando llegué a casa puse *Factótum* en el reproductor. El doblaje español me fastidió, me ponía aún más intranquilo, buscando a cada rato un nuevo acomodo en el sofá intentando eludir los pensamientos rumiantes que la espantosa calma de la noche acarrea. No pude ver la película y sólo me urdía uno que otro detalle que la memoria me permitía, así, hasta que ese esfuerzo mental me llevó al sueño.

Al día siguiente, desperté con los rayos del sol en la cara y el aliento sabor a brandy. No comí. Todas las patrullas de la ciudad salieron a pasear, una detrás de otra. ¿Eran ambulancias? No, eran patrullas. Estaba demasiado atento a su nervioso escándalo: recordaba el incidente con la doctora. No sabía qué había pasado con ella.

No me paré. Tacac, tum. Tacac, tum, el corazón. El chillido de la sirena desaparece, alejándose medrosamente. Vuelta en la cama. Tacac, tum. Tacac, tum.

Tacac, tum.

Tacac, tum.

Tacac, tum.

Tacac, tum.

Así pasaron los días. Corté el cable del teléfono de la casa, tapé mis ventanas con toallas. Veía porno, mucho porno.

Masturbarme me quitaba una buena cantidad de tiempo, tenía el pito enrojecido, casi ampuloso.

Recibí correos de angustia y preocupación. Primero holas, luego con la sutil pregunta de saber si todo estaba en orden. No obstante, no ayudó mi fama de ermitaño. Les preocupaba mi salud y los negocios que tenía pendientes. Pasadas un par de semanas, recibí nuevos correos de notificación de despido y deseos de bienestar. El perro ladraba cada que alguien tocaba a la casa. Con el tiempo me cortaron el cable y el gas. También redujeron el abasto de agua. Pasaron un par de meses. Como nunca fui una persona afable, detallista o de cortesías, a nadie alarmó mi aislamiento. Otro. Sólo salía entradas las dos de la mañana a caminar, a leer en la plaza, a comprar algo para comer, cigarro y alcohol. Mirando la seca retina de la empleada de turno de la madrugada detrás del mostrador. Sentía cómo se arrastraba tras mi peregrinar errante. El silencio anudaba cualquier sonido y cada reacción que apenas saltaba las canciones tristemente entonadas por las bocinas, me helaba la espalda algunos segundos. Miraba por el reflejo de los congeladores y seguía con lo mío. Ella me miraba siempre como si examinara un bicho. Lo hacía ya sin pena.

Dormía más o menos hasta las tres del día siguiente, cuando los sonidos afuera andaban mansos. De camino al baño, la cocina, al estante de los libros o al reproductor de música, en el centro de la casa, sobre la mesa, a lado del cenicero, estaba el teléfono que me miraba de todos lados. Me aterraba que volviera a sonar. Era un espantapájaros que yacía en sombras meneado perversa y suavemente por el aliento de los días.

Todo marchaba bien, si es que el calificativo aplica. Pero, ese precario equilibrio se mece en cordeles de seda. Eso bastó

para bajar la guardia y revisar los mensajes. Grave error: “me urge que me escribas, he sabido algo que me sorprende y te involucra”.

Era una idiotez. En cuanto me lo dijo, quise molerle la cabeza a golpes, pero me contuve. Él no tenía la culpa más que de su chismarajo de niño de 13 años. Me fui de ahí y lo dejé con su qué en la boca, pero desgraciadamente ya no pude estar tranquilo de nuevo. Todo había vuelto a su maldito cause. Cientos de ideas fatalistas rondaron mi cabeza, dejándome en la alfombra un día entero. Cualquier ruido me alteraba, me hacía temblar. Ya no era un ruido específico y eso me hizo entender que cada vez la situación se me salía de las manos.

Dormí en intervalos sin saber, el tiempo me contemplaba a mí. En momentos de lucidez y silencio, cuando logré escuchar los grillos en el rincón del patio, y sin dejar de temblar como si un gran resfriado me hiciera desfallecer, me puse de pie. Tomé una chamarra cuya capucha cubría mi rostro entero, y fui hasta la casa de Paco. Él es un compañero de oficina y es la única persona que me había visto de esa manera.

Eran las tres de la mañana, sólo los perros del vecindario del centro ladraban, lanzando el sonido por toda la ciudad. La noche era fría y quieta. Lancé varias piedras a la ventana donde duerme con su esposa. Piedras muy pequeñas. Ya me había rendido, marchándome calle debajo de aquel lujoso fraccionamiento, cuando se corre la ventana, y Paco que se ponía sus lentes, me pregunta qué es lo que pasaba. Hice la mueca de un pato con la mano y me respondió: “Ahora bajo”.

Hablamos unos minutos. Bebimos un par de cervezas y por fin me quedé dormido.

A la mañana siguiente, sentí vergüenza, pues sus hijos estaban ahí. Cuando regresó de hacer sus tareas, la casa de nuevo estaba sola. Preparó algo para comer, pero yo no

tenía apetito. El estómago me chillaba, pero preferí abrir una cerveza. Esa misma tarde me llevó a casa y se ocupó de que tuviera todo lo necesario para pasar esa crisis. Noté su cara de repulsión al ver la escena. No lo culpo. Ocultaba mi mirada de la suya hasta que el *clap* de la puerta sonó.

El teléfono en mi bolsa repicó, pero ya no lo atendí. Por fin, luego de dos días, Paco regresó por la casa. El perro ladró una y otra vez, pero cuando no se rindió, supe que era él. Le arrojé las llaves por la rendija de la puerta. La casa, incluidas las cosas que había dejado en la mesa, estaban intactas. El hedor se acrecentaba. Atinó a sonreír y se fue de nuevo.

Regresé a donde estaba.

En su siguiente visita, estuvo ahí con una señora. Una vieja, cuyo rictus me dio confianza, cuando menos, de que a ella no le importaba lo que hubiera que ver ahí, sino su trabajo. Era un rostro dulce y apagado por los años que iba de lado a lado, de arriba abajo sin hacer casi ruido, tan sólo un zumbido arruinador. Al despertar, Paco estaba del otro lado del cuarto, había puesto un disco de Caifanes y lo escuchaba casi a tientas de oído. Cuando abrí los ojos me arrojó un boleto de Ferri en las manos. Primero no supe qué pensar, pero en el acto me dijo: necesito quien supervise un embarque por el Mediterráneo. Un suave cosquilleo recorrió la parte izquierda de mi rostro, según dicen, la parte de la cara por la que se asoman las primeras lágrimas de un hombre, sin embargo, me contuve. Paco se caló los lentes y puso su mano derecha en el dorso del antebrazo.

Nuestros departamentos estaban separados por eso, él era un contador especialista en comercio al que los negocios le eran un chaz en la cabeza. Yo estaba en el piso de abajo, siempre meditando el mejor movimiento de los aditivos humanos de la empresa. Curioso caso. Cuando supe de qué se

trataba el asunto, el disco pasaba por una de esas pausas entre canciones que se imaginan eternas. Su compañía me aligeró el cuerpo. Cuando la vieja regresó a donde estábamos con una bolsa repleta de porquerías, la dejó en la puerta. Miramos cuando salió al patio y fue en ese momento en que por fin solté los brazos que tenía cruzados en el pecho. Tenía las uñas clavadas en mi antebrazo, con las marcas bien hechas, rojas por la presión. Cuando Paco notó esto, me invitó a ver mi propia piel. La escena me puso nervioso momentáneamente, pero en el acto Paco se llevó la mano otra vez para mostrarme sus propias cicatrices.

Tacac, tum. Tum, Tum.

Tum, tum.

Tum.

Tum.

Oxígeno.

Sabina me había quitado lo único que tenía, aquello que mi propio inconsciente envenenado me negaba y yo me ganaba de todos modos con mucha rabia. Me arrebató la tranquilidad que tanto me costaba conseguir. A esa que me aferraba con uñas y sangre para vivir. Vivir y disfrutar siempre a medias.

Cuando pisé tierra y me perdí por esa terminal comercial mochila al hombro, aquello era volver de un coma, recibir respiración boca-boca, una bocanada de aire que me llenaba el pecho de vida y los parpados de lágrimas. Debía volver de esa tarea dos semanas después, pero no me daba cuenta que había comenzado a redefinir el sentido del tiempo.

TERCERA PARTE

I BRUJAS

Los dos primeros meses fueron los más difíciles. Nada terrible semejante a mis últimos días en México. Hablo de la poca o nula capacidad para comunicarme y el reto que significaba conseguir dinero, ya que, aunque traía un poco conmigo, y Paco logró enviarme lo que consiguió al vender lo que dejé, todo se terminó muy pronto en alquiler y comida. Así pasaron mis primeros días de adaptación: comiendo, durmiendo como hace tiempo no lo hacía y vagando por las calles de una ciudad donde el sol siempre está puntual en la montaña, cayendo cual reloj de arena por castillos individuales, conos apuntados con ventanas garigoleadas. Brujas es un lugar hermoso. La gente parece no tener prisa jamás, caminan como si flotaran en el aire. Llevan sus chancletas de sol y lentes oscuros, sin ocuparse de cuanto pasa a su alrededor. Aquí el viento no golpea el rostro de nadie, los acaricia con una fragancia de pradera húmeda que emana de los adoquines. Llevan audífonos y bolsas de papel con víveres. Los árboles que parecen dibujados por Rembrandt, son a veces ocre y a veces miel. Cuando el sol se escurre por las colinas, devorando

sigilosamente las calles, parece un conjuro. La ciudad medita, descansa respirando plácida y profundamente. Los molinos rechinan despacito, guardando energías para volver a andar al día siguiente. Gaitas suenan en los bares, con guitarras, chelos y mandolinas. Las risas se columpian por los techos y escapan hasta las nubes blancas ensartadas en la espesura del cielo. Y la luna centinela de una ciudad que siempre es una canción de folk.

Buscaba la mejor alternativa para conseguir dinero y comida. Era obvio que debía conseguir un empleo, pero cómo conseguir un empleo si nadie me iba a entender. Eran muchas las situaciones que debía resolver. Preparé un sándwich de queso y bebí una cerveza, dejándome caer sobre la cama. En eso estaba cuando recordé mi primera interacción con la vieja Bechet, y cómo ésta al verme hacer señas para conseguir el cuarto donde ahora estoy, buscó, a su modo y con sus recursos, poner palabras en mi boca.

Lo importante era ganar dinero, lo difícil comunicarme. La urgencia. ¿Quién iba a contratarme así? ¿Para qué sería útil de ese modo? Tan sólo recordar a la señora Bechet con esas muecas de angustia para decirme algo era frustrante. Los mismos gestos del panadero, de los meseros en la cafetería, en la casa de cambio, en la vinatería o en los supermercados. Como en el que estaba, en donde a la despachadora de embutidos de semblante amable le era cada vez más difícil no obviar su desencanto al verme aparecer porque tenía que contarme el dinero o descifrar qué era lo que buscaba en esa oportunidad. Lo mismo que pasaba en la caja. Ahí estaba yo, avergonzado y fatigado recibiendo las monedas una por una como un niño cuando, al girar el rostro, aquella señora tierna y verdaderamente longeva me esperaba con la bolsa de los víveres lista. La puso en mi mano y me sonrió. Marchándome, el gesto me pareció encantador; particularmente tranquilizador,

así que volví el rostro. Ella aún me miraba y al verme levantó la mano y me dijo adiós con tal serenidad como si su mano pudiera desbaratarse, como si ella tampoco pudiera hablar. Como si no pudiera. Pero podía, pensé. Sonreí. Se me encendió el aparato de las ideas.

Eureka. Tenía el empleo perfecto, un lugar donde pudiera ver a todos hablar sin que se sintieran incómodos al detenerme a analizar sus muecas y sonidos, y sobre todo que no pudieran darse cuenta de que yo no hablaba su idioma. Así que me hice pasar por un sordomudo y empaqué víveres en un mini mercado en *Pandreitje St.* Nadie culpa al mudo por no entenderlo, al contrario, sienten culpa y las preguntas se reducen al mínimo. Saqué ventaja de eso y obtuve el trabajo con facilidad.

Con regularidad escuchaba que la comida mexicana no era jamás igualada en otros países. Es cierto. Lo pude notar mientras estuve ahí. Empaqué tortillas que en México darían risa, guacamole sin color y salsas que más bien parecían comida para perro. Todo con su charro y su caballo en la portada. Ponía atención a esos detalles mientras aprendía un poco del idioma belga.

Toda la burocracia en mi país me hizo muy simple lidiar con un proceso de reclutamiento, después de todo, un cerillo es lo mismo en Bélgica que en China. El gerente me miró, meneé las manos, señalé el puesto y ante los cuatro o cinco papeles que llevaba en las manos, apachurró los hombros, y dijo: qué más da. Sobre todo para no lidiar conmigo. Aprobó con la cabeza y me llevó por una camisola del supermercado de un horrible color verde musgo.

Una relación, cosa-palabra. Palabra-boca. Palabra-mueca, la palabra contra mí, la palabra para mí y la palabra con el mundo afuera, por donde vagaba aprendiendo forzosamente aquel idioma en ese mi impostado y delirante nuevo yo.

Uno de mis principales pasatiempos era visitar supermercados, y es que, con mis recuerdos provincianos y la belleza arquitectónica de esa ciudad, la plusvalía era para mí una obra de arte: las frutas brillaban en manglares bastos, la sección de deportes estaba hecha con césped que sólo veía en la televisión y la panadería era una escena de Disney donde el chef acaricia el pan crujiente en un cuarto embriagante.

Vagaba esa mañana fresca de octubre en la sección de vinos, eligiendo el que a mi juicio fuera el mejor, cuando choqué miradas del otro lado del estante con una morena de ojos color esmeralda. Fue una mirada cortés. Aun así, la seguí con los ojos y acostumbrado a ver ese tipo de mujeres sólo en comerciales de perfumes por la televisión, me mantuve a la distancia y seguí mi camino. Seguía recorriendo con el dedo las cavas, cuando ante mis ojos se atraviesa un letrero: *“Al onze klanten worden op de hoogte gebracht dat er om 9 uur een seismische simmolacro is en als u in de winkel bent, vragen wij u om deel te nemen. Dank je wel”*. Hacía mi traducción pertinente, que, aunque pesada y lenta lograría en algún momento. Y sí, pude haberlo logrado para evitar el bochorno que siguió, si la alarma sísmica no hubiera sonando en ese preciso momento, aturdiéndome y dejándome creer que en verdad un sismo acechaba.

Ni siquiera le temo a los temblores. Supongo que de eso se trata el estrés postraumático. Además, eso era un simulacro, pero esa sensación muy a mi favor, para entonces me parecía tan lejana, que encontrarme con ella, fue un shock. “Su puta madre”, grité mexicana e instintivamente. Acto seguido caí de rodillas y el pecho me dolía al respirar. Casi un ataque al corazón. Cuando abrí los ojos, Cécile había vuelto y me tomaba del rostro. Al verme aturdido y desorientado, me hizo entender otra vez con señas que todo en derredor estaba bien. En segundos llegó el personal de la tienda y me auxilió.

Después de un vaso de agua y comprar víveres, salí con ella de ahí.

Charlamos un par de cosas, era la primera vez que charlaba verdaderamente con alguien y aunque no hice un mal papel, era obvio que no era mi idioma natal. Sentados en la fuente frente a la basílica *of the Holy Blood*, me dijo, después de un silencio incómodo: “¿su puta madre?”, qué es eso. “¿Me escuchaste?”, pregunté apenado. Ella creyó que era cubano, pero para nada pareció sorprendida cuando dije que era mexicano. “Un mexicano lépero”, como decía la abuela, traté de explicarle.

Volvía a encontrarme en la mirada de esa mujer. Todo lo extraviado que estaba hasta ese momento, se solucionó en esos ojos que seguro no tienen copia ni volveré a ver. Nos quedamos así por mucho tiempo, tal vez un par de horas en las que hablamos sin hallar fin. Una mujer varada en la casualidad de un día ordinario, está ahí para sentirse mejor. La ventaja de ser invisible para las mujeres por muchos años, fue aprender a leer lo que decían cuando callaban. Cuando iban de un lado a otro sin hallar puerto. Cuando sus ojos son una ventana del cuerpo que boga esperando ser recibido por la casualidad.

Cuando me auxilió lo hizo para sentirse bien consigo misma, supe entonces que ella necesitaba estar ahí, vivir esa casualidad tan sólo para declararse humana de nuevo. Hacía mucho que entendía esa delirante forma en que se lavan las almas con el néctar de la mañana. El néctar que unge el cuerpo y lo despierta.

Entramos en la basílica con sus pilares tremendos, maderas pulidas y brillantes y ese órgano inmenso que llena el fondo del templo. Custodiado por tantos ángeles tallados en madera negra, algunos querubines de cachetes gordos. Nos sentamos en una banca. Jugueteamos con los dedos meñiques sobre la

madera mientras ella repetía divertida: “su pata madre, su peta madre, ja ja”. El eco de aquellas risas estallaba en los rincones del recinto. Después caímos en un silencio perpetuo alterado débilmente por las aves de los árboles afuera. Mi mano quieta sobre la suya, dormida en la suya como dos palomas muertas, cansadas de bifurcar el paraíso. Suspiramos al mismo tiempo y ella me pasó la misma mano, callada y sin mirarnos, por el brazo, las venas, palpando mi piel con mucha destreza y cuidado. Puso mi mano sobre mi pierna izquierda. Mi cuerpo entero comenzó a recibir un importante envi3n eléctrico. Luego una erección. Quieto, no hice nada, Nos miramos apenas pasados unos segundos. Vi los hermosos ojos de Cécile. Los míos estaban húmedos. Cansados. Al notarlo, tiró de su sonrisa espléndida hacia un costado. Rodeó mi rostro y me dio un beso despacio, muy quedo en que nuestros labios se comprimieron con severidad. Luego se fue. No volvería a saber de ella. Hubiera jurado que fue una virgen, a menos que las vírgenes hagan tal cosa.

Me fui a mi pequeño cuarto de tres por dos, a comer sándwiches con queso y tomate, y vino tinto.

Mordida a mordida, recordaba sus labios. Su aroma hinchaba mi pecho. Hacía un viento amable y tibio envuelto en el grisáceo techo de nubes afuera. Llevaba suficiente tiempo en Brujas, pero no fue sino hasta ese evento en que me sentí bienvenido. Sin aquel peso extra. Me hizo entender la fortuna de no estar en casa.

II LAS CAJAS DEL CENTRO

Las tardes en el supermercado eran hermosas. La tranquilidad podía volver cualquier lugar en un templo para mí. Podía escapar de mí en los lugares más absurdos, tristes, hediondos o siniestros. La puerta principal de aquel supermercado era la recreación de un establo texano. Con sus maderas perfectamente alineadas, su techo de tejas verdes, y en lugar de puertas de madera, un par de puertas corredizas. Esas tendencias arquitectónicas donde lo rural se mezcla con lo urbano y a nosotros nos encanta, aunque hace tiempo dejáramos de poner atención al detalle. En el centro, en la cima de aquel edificio, cuatro ventanales por donde el sol de la tarde, antes de terminar la jornada, dibujaba todo cuanto estaba a su paso de un naranja que derretía mi corazón. Lo apachurraba. Había ocasiones que sin entenderlo, inclinaba la cabeza a la derecha y miraba fijamente los anuncios de pañales. Las sonrisas acartonadas, que seguramente, sólo a mí me hacían sentir en casa.

Eran 16 cajas. Pero después del almuerzo, sólo se habilitaban tres. Las cajas del centro. Detrás, un banquillo largo de jardín estaba destinado para nosotros, que cuando no estába-

mos llenando bolsas de comestibles, podíamos tomar un receso bebiendo café allí. Esperando las horas buenas. Ahí estábamos Emily, Paul Peter y yo. Una chiquilla de 17 años que luego del colegio, iba a ganarse unos centavos; un viejo de 70 años que después de perder a su esposa y un par de hijos en los atentados, eligió volver a ganarse el pan, más que nada para soportar el peso de la muerte. Luego estaba yo, un exiliado.

Es increíble lo que se puede decir cuando crees que estás solo, cuando nadie te ve o te escucha.

Como yo fingía ser un sordomudo para ganar dinero y por el miedo de ser rechazado, el silencio me era increíblemente cómodo. Particularmente si pensaba en un interrogatorio que acabara en un ¿cómo llegaste aquí? ¿por qué? Y que sin respuestas satisfactorias eso terminara en un desastre. No, así era mejor, gozaba de aquellas ciertas y muy escasas ventajas de la marginación, de ser casi invisible.

En la banquita que para mí era lujosa, estábamos Emily, yo y Paul Peter. En ese orden. Cuando las tres cajas estaban desiertas y las cajeras se revisaban las uñas, ambos hablaban de trivialidades. La diferencia de años era mucha y conmigo en el centro, haciéndola de muro fronterizo, no había mucha sustancia en la charla. Algo gracioso era cuando la pequeña formulaba preguntas curiosas sobre mi estado: por ejemplo, si podía leer los labios, si conocía la música o sobre el sabor de la comida en mi paladar. Mis esfuerzos por no reír eran muchos. Tenía claro que a un sordomudo se le distingue de una persona con habla, precisamente por la risa. Una sala de mudos puede pasar desapercibida, pero si algo gracioso sucede, se revela el secreto. Es una risa extraña de quien ignora en absoluto cómo suena una risa televisiva, una risa encantadora y hasta escandalosa. La risa de un sordo mudo es

extraña: parece que se traban. Es difícil de replicar. Eso creía, pues parece que se ahogan, como si estuvieran contentos de morir. Al mismo tiempo es curiosa y entretenida. Si algo divertido sucedía, zarandeaba la panza y exhalaba con fuerza repetidamente que, a mi juicio, era lo mejor que mi actuación podía dar.

Cuando era yo el único que se levantaba a atender, las conversaciones eran de un tipo más bien apadrinador. Recuerdo particularmente una en que hablaban de la muerte. La muerte de la familia de Paul Peter, de lo mucho que les extrañaba y que, a pesar de tener una hija más, no sentía fuerzas para seguir en el mismo apartamento donde ellos no volverían. Emily, una pícara sin tapujos, le dijo: “bueno, debes entender que te quedan pocos años de vida, no es mucho el tiempo, en caso de que no logres olvidar, el que sufrirás de este modo”. Después de unos segundos de silencio, Emily se deslizaba por el banco y recostaba la cabeza en el hombro de Paul Peter, y terminaba: “sin embargo, puedo ir a visitarte cuando ya no puedas venir aquí. Llevaré un par de bolsas vacías y las llenaremos una y otra vez con lo que tengas en la alacena”. Él le jalaba la cola del cabello cariñosamente.

Cuando era Paul Peter el que aguardaba conmigo, había mucho silencio. Si me movía para alcanzar mi taza de café, eso lo alertaba y con muecas me preguntaba si necesitaba algo más. Y siempre, después de recibir una propina jugosa, dejaba en mi mano un par de monedas. Cuando era Emily quien se quedaba en la banca, tomaba mi mano y jugueteaba con ella. Hablaba de todo, sin voltearme a ver. Terminaba cada historia agradeciendo que yo no escuchara ni pudiera hablar. Cuando imaginaba a su padre, cómo es que sería ese sujeto, apretaba mi mano y no la soltaba por un buen rato. Cuando no tenía ganas de hablar, se ponía los audífonos en

los oídos y tarareaba canciones en el celular. Una ocasión puso un video pornográfico y me miró traviesamente. Y, por último, en una figuración de bóveda de seguridad en mi boca y oídos, me dejó ver unas fotografías donde estaba desnuda sobre una cobija rosada y peluda. En ese momento su caja se ocupaba, se levantaba, me miraba divertida y decía: “eres el mejor confidente”. Eso me excitaba, pero a pesar de todo, se sobreponía la diversión de aquella niña para quien eso era mucho más un juego que una insinuación. Entonces tan sólo apachurraba los labios y negaba con la cabeza.

Una de esas tardes, los tres sentados en la banca, mirábamos curiosos cómo una señora gorda llevaba una envoltura de golosina pegada al trasero. Emily me codeó para mirar y yo hice lo mismo con Paul Peter. Cuando dejamos de reír, Emily sacó goma de mascar y nos ofreció a ambos. A mí no me gustaba y Paul Peter se quitó la dentadura postiza y nos miró con fingida lástima. Reímos hasta tomarnos los estómagos. En ese momento alguien llegó a mi caja. Un hombre de 1.90 aproximadamente, maduro, que pintaba algunas canas, con la camisa doblada por los puños a la altura de los codos y un pantalón ejecutivo. Seguramente el saco aguardaba en el auto. Su elegancia no desentonaba con los tatuajes que en sus brazos se asomaban. Sólo reconocí el rostro de Osho y algunas letras en hindú. Cuando nos percatamos de su presencia, estaba a punto de pararme para llenar sus bolsas, pero Emily me ganó. Salió disparada hacia el lugar.

Emily tomó un par de bolsas y salió custodiada por aquel hombre. Paul Peter y yo notamos que una bolsa seguía en el lugar. Nos miramos, pero desde luego que, con las concesiones de la vejez, fui yo quien tuvo que tomar la otra bolsa y darles alcance. Cuando llegué al estacionamiento habían desaparecido, pero esto sólo fue por unos instantes, me di cuenta que se

dirigían a la zona más alejada de aquel aparcamiento. Cerca de los depósitos de basura. Los vi caminar antes de llegar al auto y Emily con su 1.60, no bajaba la mirada, era como si mirara el altar de la virgen de Fátima o algo así. Abrieron el auto, depositaron las bolsas. Se miraron un momento intercambiando palabras cordialmente y éste le dio un billete cerrando su mano junto a él. Se aproximaron a la puerta y justo antes de subir al auto y de yo poder detener al hombre, para darle el resto de sus compras, toma a Emily por las mejillas y le besa muy quedo, levanta su falda por detrás, mete la mano acariciando sus nalgas y la lleva hasta al frente para acariciar fugazmente su vagina.

Cuando Emily notó mi presencia, me miró con jugueteo, y me dijo: “ah, espera. Esa la debo llevar a casa”. Reímos y volvimos al supermercado para terminar el día. Ella se convertiría en una abogada exitosa y cada sábado, por la tarde, empaca la alacena entera de Paul Peter que se mueve ya muy despacio.

III DE PIPER'S DOCHTER

Lo que más disfrutaba era salir a caminar con un cigarro en la boca. Eso era algo que amaba hacer en México. Después de leer un buen libro, salía algunas noches haciendo de sonámbulo. Nunca tuve miedo, incluso creo que era yo quien lo provocaba. Aunque de a poco los guardias de la ciudad se acostumbraron a verme vagar por ahí. A pesar de eso, los silencios aquí son distintos, no son escabrosos. Sólo me faltaba un libro. Salí tan a prisa que no tuve tiempo de traer unos de mi tierra.

Una de esas noches, mientras reposaba las ideas y los fantasmas que no se alejaban del todo, una melodía tierna y melancólica me arrastró hasta una librería que después supe, jamás cerraba. En la parte superior, en el último piso, tenía 17 camastros y lo mismo servía de refugio para escritores y bohemios, que de sala de conciertos y obvio, biblioteca.

El escenario era bellissimo: un pequeño templo de dos por dos, un micrófono, luces bajas y pardas, y una copa de vino sobre un montón de tomos rancios. Todo custodiado por librereros que parecían llegar al cielo, a una altura de cuatro o

cinco metros. Retacados de polvo y hojas hechas bolas por todos sus rincones. Allí, un hombre a la guitarra. Sobre la alfombra, parejas abrazadas o solitarios que contemplaban el acto, y entre ellos, más botellas de vino. Nadie hablaba y si acaso se dejasen llevar por la emoción del cantante, sólo con susurros hacían coro. Como yo no estaba en el itinerario, tuve que conformarme con sentarme en el basurero cerca de la puerta, donde el ruido de la noche y el frío se colaba cada que alguien salía o aparecía. Desde entonces, “De Piper’s Tochter” se volvió mi lugar favorito en todo Bélgica. Y aunque soñaba que uno de esos días apareciera Damien Rice por esa puerta, como era su costumbre, disfruté cada una de esas veladas.

Conocí algunas mujeres, claro. Llegué a pernoctar en ese lugar. Me pasaba la madrugada revisando libros de los que poco o nada entendía. Sólo encontré algunas traducciones españolas de Rulfo, pero cuando repasé esas líneas, bah, qué horror. Lo mismo pasó con Bukowski, Balzac y Capote. Entonces desistí un buen tiempo. Aun así, casi siempre esa música nostálgica me devolvía al mismo parque, con media botella de vino aún y un emparedado de queso y salchichón. Me recostaba en la banca y fumaba hasta quedar dormido. Cuando los primeros rayos del sol me levantaban, volvía al apartamento y me metía en las cobijas hasta que la vieja Bechet me despertara, como era su costumbre lóbrega, con alguna pieza de Charlie Parker. Signo de que era tiempo de ir a cubrir mi turno en el supermercado.

IV

UNO MISISIPI, DOS MISISIPI, TRES MISISIPI

Tardé un par de horas en leer esa nota. A la vieja Bechet le gustaba leer el periódico de la mañana cuando la tarde caía, cuando no hay inquilinos molones. Me comunicaba cada vez mejor y ella intentaba hacer lo mismo, hablar en español. “Epa, mexicano”, me gritó un día. Escucharla hablar en español me produjo una sensación extraña, el suave temor que provoca la persecución de las cosas. Ella se limitó a sonreír y pedirme el alquiler del mes. Tartamudo, me acerqué y sin lograr palabra, con una sonrisa avergonzada, agaché la cabeza y vi una noticia de mi país. Tomé el periódico, y aunque venía de la calle, volví a ella.

Cuando pisé tierra firme en Bélgica y me supe alejado de toda prisión mental, arrojé el teléfono en un río debajo de un puente. Cuando recibí los pagos de las cosas que habían vendido para mí, destruí las tarjetas y evité leer periódicos, ver televisión, entrar a internet. Cualquier vínculo que me hiciera volver en recuerdos a México, había sido eliminado. Tomé el periódico por terror infantil.

En cultura todo está anclado, y en sociedad todo está condenado. Inútil fue mi deseo de que algo no detonara en mi cabeza el suplicio, difícil no echar un vistazo a mi país desangrado y que, por maldito y salvaje, mi cariño por él no dejó de latir.

En la portada de un periódico que no era especializado en deportes aparecía la stampa de Rafa Márquez. Se le acusaba de lavar dinero para el narcotráfico azteca. Inmediatamente, vino a mi cabeza aquella vez que vi por primera ocasión a Rafa en Europa. Nosotros no teníamos televisión de paga. Una mañana mi madre me mandó relamido con un peinado divertido y fastidioso, a sacar unas fotos para la escuela. Mientras esperaba el revelado, me senté en un banquito de madera. El viejo del estudio tenía puesta la tele en el futbol francés y yo esperaba que el otro equipo atacara para escuchar el nombre de Rafa Márquez, entonado con la evidente emoción del narrador. Aquello era un cuadro surrealista para el mexicano.

Yo no sé si Rafa es culpable. Sé que no quiero, pero no lo sé. Lo que sí sé, es que el mexicano tiene una consciencia de justicia bien chistosa. Si esta noticia llegó hasta acá debe ser porque México está conmocionado por la acusación, y claro, por la fama de Rafa en el mundo. Unos meses atrás, Cuauhtémoc Blanco, mi ídolo de la infancia, fue electo gobernador de Cuernavaca. Se le ha acusado de desviar millones de pesos del gasto público, se le ha visto en infinidad de eventos, incluso de este lado del mundo y opinando más de fútbol que de la delincuencia en su estado, y sigue tan tranquilo con su fama y mi entera admiración con un genio del cuadrado. He visto cómo los personajes de la cuadra son unos “cabrones” por rateros, golpeadores, desobligados, ignorantes, busca pleitos, tranzas, misóginos y todo pasa así tan sencillo: “qué se le va a

hacer”, “ese muchacho es un cabrón”. Pareciera que el pueblo por ser pueblo, siempre es bueno. Y que lo malo que hace es omisible bajo la bendición del folclore. No importaba si Rafa era culpable, el señalamiento estaba hecho. No sabemos si en algún momento a Cuauhtémoc le descubran algo, y si así fuese, ese muchacho viene de abajo, es del barrio bravo y eso unge.

Me detuve a meditar sobre ese y otros casos célebres, pero esas ideas me fastidiaron pronto. Recordé que estaba en un paraíso lleno de ideas, ausente de amigos. Reflexioné en lo estúpido de esto último: en México también había perdido la cercanía de quienes no entienden de reflexiones costosas; costosas por salud mental y compañía. Queremos como se nos quiera, no queremos como se debe querer. Yo tenía ese terrible mal hábito, había querido en los límites de la subjetividad. Tenía la terrible costumbre de saber querer. Voté el periódico sobre la banca.

Los ladrillos de los edificios que vi mientras corría a “De Piper’s Tochter” tenían frío. Gélidos contemplaban mis pasos calmos. Las puertas de madera con sus faroles apenas iluminaban los números de oro postrados ante la estática vida. El cielo azul se abrazaba con las nubes rosadas, acariciadas por el sol que ronronea. Un gato caminaba sobre la orilla del puente y una pequeña trata de alcanzarlo. Los timbres de las bicicletas suenan por diversión, no hay nadie a quien esquivar. En “De Piper’s Tochter”, una guitarra congela el tiempo, lo toma por el cuello delicadamente, lo recuesta sobre la alfombra y le hace el amor. Todos somos testigos de esos segundos inertes. La voz trémula desde el estrado nos acaricia el alma. Somos precavidos, nos apena perturbar la poesía lírica con el resoplar de los pechos. Las copas hacen de percusión y los aplausos nos devuelven al mundo ajeno

de todo. Segunda botella de vino, me aturdo y vivo. Olvido placentero, seguridad y fe en el mundo restaurada. Rabia y valor incalculables. Aunque todo lo bueno se va. La vida se pudre porque así debe ser.

Nada me falta. Todos podían irse al diablo. Reía como imbécil. Cabalgaba con ambas manos las paredes desnudas buscando pasadizos secretos. Recordé a mi familia y los que ya no estaban. Pensé mucho en mi madre. “Váyanse a la verga”, dije, y volví a reír como un desquiciado. En eso estaba, demasiado ocupado imaginando que podía vivir sólo conmigo mismo, cuando reposo el cuerpo sobre una calle larga empedrada. La noche era mi cobijo, el vino mi excusa. Orinaba largo, tratando de llegar el chorro hasta la mitad del empedrado. Me divertía como un niño. Cerraba los ojos y reía pensando en mí y nada más que en mí cuando era niño. El niño que en la adultez iba lleno de cicatrices, deformado de aquel que todos acariciaban e ignoraban. Estaba orgulloso.

En eso estaba cuando levanté la cabeza, con mi lagrimita en los ojos, jugando con la orina, para temblar como si un rayo fulminante atravesara mi columna vertebral. En el edificio de enfrente una luz se había encendido. Una dama, que no recuerdo si era bella o fea, había visto entero el espectáculo. Por unos segundos no supe qué hacer, seguía ahí con el miembro entre las manos. Pude haber contado: “uno Misisipi, dos Misisipi, tres Misisipi”... las luces se apagaron. No pude moverme, sabía que llamaría a la policía o que aparecería en la puerta de su casa para alertar a los vecinos sobre un depravado. Estaba acabado: “uno Misisipi... dos Misisipi... tres Misisipi”... Las luces se encendieron. Seguía con la verga en la mano, paralizado. Sin saber qué hacer: “uno Misisipi”... aparece esta mujer que ahora sabía no era tan fea, desnuda del vientre hacia abajo. Me mira fijamente. Se bota la camiseta

blanca que llevaba aún en el cuerpo. Se muerde los labios y comienza a frotarse el cuerpo. Mis pulsaciones descendieron bruscamente y de nuevo se dispararon. Comenzaba a frotarme el miembro. Sentía la necesidad de mirar a los costados, cuidar que nadie me viera, pero los ojos de esa mujer me habían electrizado el cuerpo. Ella guiaba mi tacto, mi ritmo, mis pulsaciones. Tuvimos un orgasmo. Las luces se apagaron, me subí la bragueta y me cagaba de la risa cuaderas más adelante.

Mucha risa, en serio mucha risa en los labios, no podía dejar atrás la emocionante sensación de ese encuentro.

Las manos en la chamarra, una botella en la mano por el pasillo de terciopelo. Saqué las llaves y en la puerta del apartamento, lo noté unos 20 metros antes de llegar: un sujeto bajo la luz del faro del pórtico, sentado sobre una maleta. Sostenía un libro, no podía ver su rostro ensombrecido por la distancia. Inmediatamente, a mi espalda, una mano apareció en mi hombro. Los dedos calándome la ropa me helaron completamente.

V EXTRAÑOS COTIDIANOS

Me tomó un par de horas reponerme de la noticia de la muerte de mi padre. El viejo y yo hacía años que no éramos cercanos. Incluso, cuando supe la noticia, mi reacción fue preguntar por la salud de mi madre. Cuando supe que había superado la pena, y que en su lugar la angustia de no saber nada de mí en todo un año, era más fuerte, pude entonces pensar en los contados ratos que pasé con el señor. Y aunque se encargó de asesinar casi todas mis aspiraciones con sus costumbres arcaicas, pude dedicarle un par de lágrimas antes de ponerme al día y saber qué había llevado hasta Brujas a Saúl y Paco.

En una ciudad tan pequeña, todos somos extraños cotidianos. Paco era hermano de un compañero contemporáneo en mis años de preparatoria. Saúl siempre estuvo conmigo en los colegios: primaria, secundaria, preparatoria e incluso en la misma universidad, pero jamás trabajamos amistad. Los dos eran casi del mismo barrio, pero no fue hasta que ambos se inscribieron en un curso de la escuela de escritores de la ciudad, que coincidieron. Yo entré mucho después, fue entonces que supimos no éramos del todo ajenos. Cuando yo no estuve, el

vínculo entre ambos se fortaleció. Siguieron con la costumbre bohemia de tragos y charlas noctámbulas.

Fue el turno de hablar de Saúl que no dejaba de asombrarme su presencia del otro lado del mundo, por su terror a los viajes, incluso los pequeños paseos en la periferia de su hogar.

“Tu salida del país, aunque nos tomó por sorpresa, ésta fue cada vez menos. Charlando y reflexionando en una de esas noches, tus estados de ausencia y desatención eran cada vez más evidentes. Pero claro, eso sólo lo notamos quienes estuvimos contigo mucho antes de que salieras y momentos antes de que tomaras ese Ferri. Creímos que de alguna manera estarías al pendiente de lo que sucedía en casa, y que aparecerías cuando tu padre falleció. Cuando esto no sucedió, la tranquilidad que teníamos en los primeros meses comenzó a desaparecer gradualmente. Fue entonces que decidimos venir a buscarte. Es casualidad que estemos los dos aquí, y más que eso, que Paco, una buena noche me haya convencido de venir”. Entonces, habló Paco: “un amigo de la oficina ganó un viaje en un sorteo bancario para venir a un partido del Manchester contra el Real Madrid, en Macedonia. Como él necesitaba dinero, le compré el viaje redondo a un precio bajísimo para venir a buscarte, y saber de primera mano si estabas bien. El barco en que te puse aquella noche llegaba a Luxemburgo. Y aunque sabía que no te quedarías ahí, no me fue difícil rastrear el último cobro del depósito que te hice”.

Sentía mucha alegría de verlos ahí. A pesar de que estaba tan satisfecho con toda la distancia que había puesto de por medio, su presencia me llenó de vida, de cierta calidez inexplicable.

Prolongué la anuencia de mi desventura todo lo que pude. Había guardado aquello que por absurdo era doloroso. Me avergonzaba de sentirme gobernado por las fuerzas de una

mujer sin escrúpulos, trastornada por la furia de la vida. Miraba la ventana y reía con las bromas de Saúl, con su atropellada lectura de la sección de cuentos del diario local que había traído del aeropuerto. Resoplé y miré cómo los tejados del edificio de enfrente se dibujaban blancos por los rayos de la luna desnuda de nubes en el cielo. Bebimos el resto de vino que tenía. Fumamos y charlamos actualizando noticias en México, y ofrecí algunas anécdotas de mis días en Bélgica. Por supuesto, les agradecí haber cubierto los gastos del entierro del viejo y prometí pagar en cuanto me fuera posible. Postergué, postergué y traté de postergar una explicación que llevaba en el pecho desde hace mucho tiempo. No por culpabilidad, por un miedo irracional que me paralizaba el cuerpo, las manos, las palabras. Cuando el silencio no pudo ser más pesado y la botella de Brandy que conseguimos en la recepción con la vieja Bechet se agotó, lo inevitable regresó, “¿por qué escapaste?”, preguntó Saúl. El vaso de Paco contra la mesa clausuró los sonidos que no fueran los de mi voz dando explicaciones merecidas.

Era tiempo de hablar.

VI COMENCÉ A SOLLOZAR

Entre ella y yo las cosas funcionaron bien hasta que caminé de su mano esa primera noche buscándole un refugio. Cuando por fin se marchó en aquella patrulla con las luces de la torreta, silentes y nerviosas, supe que algo cambiaría en adelante. Ese encuentro era como ver el cadáver de un animal sobre la carretera por el cual habían pasado el sol y la luna. Un cadáver del que ni las mos-cas se ocupaban ya. Sus besos sabían al café rezagado de semanas.

Fumaba un cigarro por las tranquilas calles de marzo, y no podía alejar de mi cabeza la sensación de peligro inminente. Se le hallaba cada minúsculo movimiento a la noche y de pronto, el delgado viento tomaba un descanso. Cuando volvió a palpar sobre el cemento, algo había cambiado.

A pesar de eso, la noche que pasamos me hizo ignorar mi instinto de evitar cualquier otro encuentro y simultáneamente, desear que éste sucediera. Así fue, todo se desmoronó gradualmente. Siempre que estaba con ella, las alarmas se escondían, justificaba su falta de juicio como una temeraria búsqueda de individualidad.

La segunda vez, toda la idea que había cimentado de ella, se vino abajo. La última vez que cogimos, su personalidad se ensombreció, tenía un aire vil en la mirada, en la sonrisa. Esa última noche, pensando en sus insultos, groserías y sus besos atropellados, el cadáver volvió a la vida. Mordió lo primero que vio con el único propósito de no volver a sufrir.

Estaba seguro de no querer verla más, su actitud ahora me provocaba repulsión. La violencia en sus palabras me hacía despreciarla. Por eso fui frío y sin embargo no pude pasar por alto que su amiga era casi idéntica a ella. De todos modos, intenté ignorarla, dejando que se fueran.

Cuando supe de su sabotaje a aquel periodista, cuando lo asimilé, me pareció en un principio un juego estúpido e inmaduro. Pero, cuando pasó el tiempo y aunque nunca se supo el nombre de “aquella chica”, recordé que mantuvo el secreto. Esa no era una simple broma de adolescentes. Era rabia pura y el deseo de humillar a alguien por mera superioridad.

Fue entonces que pasó todo.

Aquella noche, una semana después de coger por última vez y de encontrarla con aquella chica, me llamó muy de noche. Eran cerca de las dos de la madrugada, veía la repetición de un programa de cocina y me alistaba para ir al trabajo el día siguiente. Primero me pidió las fotografías que había tomado de ella, me preguntó la cantidad y me pedía una explicación de ellas. Después pasó a los videos, me preguntó por qué de cada uno de los movimientos que, aunque aturdida, guardaba en la memoria a la perfección. Por supuesto me negué. Esa idea de peligro se agigantó en instantes. “¿Podemos vernos mañana?, debo preguntarte unas cosas”, me dijo. Y aunque podía después de medio día le dije que estaba lleno. Dio vueltas y la charla giraba en sentidos ilógicos y extraños. De pronto, la pregunta que detonó todo, incluso el milagro de su visita, que estén aquí

preocupados por mí: “conoces a Milagros”, me dijo. “¿Quién?”, respondí. “Milagros, la chica que iba conmigo la otra vez”. “Ni idea, creo haberla visto por ahí, pero no recuerdo con exactitud. ¿Por qué?”. Aún con el espectro en la cabeza, me atreví a agregar: “sólo sé que era guapa”, dije. Incluso cruzó por mi mente la idea fugaz de orillar la conversación hasta negociar un trío, pero esa idea muy pronto cayó, “¿es cercana a ti?”, agregué. Ella volvió a tantear el terreno: “entonces sí la conoces”. “No, sólo sé que es guapa, eso es lógico”. “Qué raro, ella jura conocerte desde hace mucho tiempo”. Evidentemente esto volvió a mi cabeza mi idea inicial de que algo pasaba y que esa llamada y esa solicitud de nuestro material, era por demás extraña. Le dije entonces: “ni idea, es la primera vez que la veo”, y ella respondió ya con furia: “no te hagas pendejo. Ya la conocías. Ella te reconoció. La conoces perfectamente porque abusaste de ella cuando era pequeña”.

Escuchar eso fue lo mismo que un estallido con las esquirlas de la incertidumbre que aprisionaban mis manos y mis piernas. Sus palabras cayeron sobre mis pulmones como bloque de acero y fue entonces que supe qué era quedarse sin aliento de la nada. De un momento a otro, el cuarto dio vueltas, no podía creer lo que escuchaba del otro lado de la bocina. Cuando recobré el sentido, de ese breve mareo, le dije: “¿Qué?, ¿estás loca?, en mi vida la había visto”. “Es raro, porque ella jura que fuiste tú. Esa niña, porque es una niña cabrón, jamás se queda callada y en cuanto te vio, fue como si hubiera visto un puto fantasma. Con razón te escabulliste como rata esa tarde, maldito”, me dijo. “No digas pendejadas, si hice eso fue porque no quedaron las cosas muy bien entre tú y yo la última vez, y no quería que me volvieras a insultar o hacerte la chistosita con tu amiga. No sé de dónde sacas esas idioteces”, contesté con toda la desesperación y necesidad de que eso fuera

una broma: “es broma, ¿verdad?”, y ella respondió rápidamente: “no jugaría con algo así. ¿Por eso te gustaba jalarme del pelo, verdad, pendejo? ¿Por eso las fotos y los videos, pinche enfermo? ¿por eso todo debía ser de noche, verdad, culero? Lo pensé mucho y cuando me lo dijo la primera vez, quise salir para encontrarte y clavarte un puto cuchillo en la espalda”. “No mames, ¿eso qué tiene que ver? Siempre que hicimos algo fue con tu consentimiento, no me vengas con eso”, dije esto, ya con muchos esfuerzos de que la voz no se me fracturara a media alegata. Aquello me tenía tendido sobre la lona, era inaudito, no lo podía creer.

Después de un rato y de ofrecer trabajosamente excusas a sus evidencias ficticias, o evidencias de la otra (fue algo que nunca pude descifrar), hizo una de las preguntas que aún no me desprendo de la nuca: “¿Por qué debo creerte? ¿Por qué a ti y no a ella?”. Y por más absurdo que parezca, ¿cómo se defiende alguien de algo que no hizo, si la defensa de quien oculta algo es conocer a la perfección el acto inculpador? Y claro, como ella lo dijo, era su amiga. Cualquier palabra que dijera estaba bloqueada en su cabeza. Sólo atiné a concluir: “rememora todo lo que hicimos y la forma en que me comporté cuando estábamos juntos, y entenderás que yo no pude hacer algo así”.

Colgó el teléfono, pero antes dijo: “no lo sé, pero si esto es cierto, te mato, y si es ella la que miente, la que se muere es ella”.

El zumbido en la oreja derecha era como tener la turbina de un avión ahí mismo. El corazón parecía golpear a puñetazos mi pecho. Apagué el televisor, la luz del foco del comedor reflejada en él, hacía la figura de un duende que se reía de mí siniestramente. Me recosté sobre el sillón sin dar crédito aún de lo que había escuchado: “no lo sé, pero si esto es cierto,

te mato, y si es ella la que miente, la que se muere es ella”, supe que citarme antes era una declaratoria de muerte. Tenía planeado asesinarme. Por lo menos eso gané defendiéndome esa noche. Sin entenderlo, había salvado mi vida. Era claro que planeaba hacer algo, por tanto, me pedía las fotografías y los videos, seguramente me estaba grabando del otro lado, buscando algo que a su manera me hiciera confesar. Sí, tal vez. Volví a pensar que de haber dicho sí a esa cita, seguido por mis impulsos o mi calentura, habría muerto. “Mis impulsos”, pensaba, rezaba, castigaba, golpeaban fuerte el sótano de mi cabeza. Esa idea ya no me abandonó hasta que pisé tierra de este lado del mundo. Bajo su auspicio en ignorancia de todo esto y por ende su silencio.

En un buen rato nadie dijo nada. Llené los vasos con el brandy que Saúl había sacado de la maleta, una botella muy pequeña que apenas alcanzaría dos rondas decentes, y les agregué agua del grifo. Volví a la ventana donde hice todo el relato y miré la luna desierta de estrellas y nubes; blanca y quieta, una luna que como antes, no me hacía temblar, si no era para hacerme sentir pánico. Paco se acomodaba los lentes. Los limpiaba. Saúl encendió un cigarrillo. Tomé una silla y por la reserva, reposé los brazos sobre mis piernas. Miré mi vaso. Bebí. Le pedí el cigarro a Saúl y miré a Paco que veía en otra dirección. Bebí, jalé del cigarrillo fuerte y profundo, dejando escapar el humo por el lado derecho de mi boca. Volví las manos a las piernas, elevé mi brazo hasta los ojos y sin esperarlo, comencé a sollozar.

VII ACARICIANDO LA MIERDA

Después de un silencio largo que urgimos los tres, donde no había consternación ni juicio sino un silencio que me otorgaron ambos para rendir testimonio, Paco formuló la pregunta obligatoria. Nunca se puede confiar enteramente en alguien, ni siquiera de tu mano derecha. Siempre queda hasta en los juicios más claros, un dejo de duda. Entonces dijo: “¿y lo hiciste?”

Los primeros días me dediqué a buscar respuestas. Primero creí que, por supuesto todo era una broma, otra más de sus estupideces. Al mismo tiempo sus palabras estaban llenas de resentimiento. Entonces, ella creía que era cierto. Pensé que quizá Milagros al verme, o quizá de algún encuentro casual anterior, había sentido interés por mí, y que al saber que su amiga y yo habíamos cogido, eso había detonado en ella una cantidad de celos tan inesperados y poderosos que ideó ese atropello. O estaba enamorada de su amiga y al conocerme supo hacia quien dirigir sus rencores. Pero ambas ideas parecían bastante ilusorias y ceñidas a mi ego. Otra vez. En todo caso, Sabina no estaba enamorada de mí, y eso no daría pie a que su amiga me aborreciera.

También consideré la idea de que, en efecto, Milagros fuera víctima de algún abuso y que, en su odio por los hombres, cualquiera, embotando los sentimientos negativos, al verme y suponer peligro hacia Sabina, intentara protegerla de esa forma. Y, por último, que me estuviera confundiendo con su agresor. Y en ese caso, por absurdo que fuera, ¿cómo chingados explicaba que no era yo? En México primero te chingan luego te preguntan. ¿No?

Tenía una estrategia establecida ante cada supuesta acusación. La acusación, el señalamiento era lo que me aterraba. Era ella contra mí, su voz contra la mía, y siempre el lobo tiene la culpa.

Eso fue lo que de a poco me derrumbó, como un terrón de azúcar que cae lentamente al fondo de una taza de té caliente. Siempre que una teoría nueva venía a mi cabeza, y a su vez ideaba las posibles salidas, venían preguntas más poderosas, ¿y si no es así? ¿y si está ideando la forma de encontrarme y hacerme daño o señalarme frente a todos?

Así se me fueron los primeros dos meses, sin salir más que para lo necesario, cubriendo mi rostro con sudaderas de gorro, llevando lentes oscuros, evitando calles por donde había caminado con ella, sin poder bloquear mi teléfono o tirarlo a la basura, ya que, si ella buscaba alguna explicación y yo no estaba para darla, eso automáticamente me señalaba como culpable. Entonces temblaba cada vez que el teléfono sonaba, cada vez que un número desconocido aparecía en la pantalla. Cuando llegaba a caminar por la plaza, y alguien me volteaba a ver sentía que me observaban, me señalaban. Cada vez que una sirena dibujaba las paredes, mi corazón se detenía con mucho trabajo y después de dar vueltas por otras manzanas, llegaba a casa. Si alguien hablaba de futuro cerca de mí, inmediatamente me venía abajo, era un

futuro tortuoso el que imaginaba para mí. No me bañaba y mi aspecto era deplorable, la gente escapaba de mí cuando se cruzaban conmigo en la banqueta, incluso quien me conocía desde hace tiempo. Dejé de acercarme a cualquier mujer, recibía fotografías de cuerpos desnudos, invitaciones al cine y eso en automático me ponía mal. “Mis impulsos. Impulsos”, gritaba mi propia voz ahogada. Me comportaba como si lo hubiera hecho, no sabía por qué, pero debía esconderme de algo que sin remedio llegaría de la nada para arrebatarme la tranquilidad que tanto había procurado.

Una noche fui a la cantina entradas las diez de la noche, abrí las puertas y sin cruzarlas completamente, verifiqué que ella no estuviera ahí. Cuando lo supe, me recargué en la barra y le pedí a don Manuel un trago. En instantes y después del primer chingadazo al ron, los viejecillos sin pelos y los cargadores del mercado hicieron que por primera vez en mucho tiempo saliera de mi encierro mental. Entre albuces y risas, salí de ahí, con el pecho lleno de valor. Cogí un libro y fui a la vinata donde compré una botella. Me dirigí al mismo parque donde la conocí y me senté estoico. “chingue su madre, que pase lo que tenga que pasar”, pensé. Pasaron las horas, las hojas y los tragos. Cuando volví a casa me quedé dormido mientras veía una versión cinematográfica de *A sangre fría*, con un fastidioso castellano, pero que en el argumento final me dio ánimo para jalar a fondo la botella y quedar inconsciente.

Aunque lograba en ocasiones, abrazado a una botella, olvidar momentáneamente todo, llenándome de valor para resistir hasta que de la nada todo se resolviera, los episodios eran cada vez más frecuentes y con más intensidad. Cualquier cosa los detonaba y eran cada vez más irracionales.

Esa noche, la noche en que todo sucedió, cuando tomé la decisión de escapar, todo estaba en calma. Estaba en el sillón

frente al televisor, veía porno. Me atreví culposamente a sacarme la verga y frotarla un momento. Unos días antes había conocido a Dania. Teníamos los mismos gustos en series. Eso, y el inmenso trasero que vi en su foto de perfil, me hicieron agregarla. Yo ya la había visto por ahí un par de veces, pero creí que era una engreída. Esa noche seguía con esa idea, ya que no contestó, sino hasta después de dos días, mi “hola”. Entonces, tan sorprendido como excitado con su respuesta, no dudé en dirigir la conversación hasta poder obtener fotografías o quizá una videollamada y poder masturbarnos. Aunque no logré mi objetivo, pude tener una charla bastante útil para terminar sobre la alfombra.

Después de eso, charlamos de sexo de una forma más amena. El frenesí de mi excitación había pasado y estaba ya pensando a futuro. De pronto me pregunta: “oye, ¿tú conoces a una tal Fernanda?”. Respondí que no. “Sí la conoces, tiene una hermana gemela, se llama Fanny”. “En serio que no sé de quién me hablas”, dije. En ese momento vinieron a mi cabeza recuerdos ya bastante viejos de una pequeña que en efecto tenía una hermana gemela, y dije: “ah... ya, una que se vestía medio darketona cuando estaba más chica, ¿no? Silencio. “Ya ves que sí la conocías, ¿por qué mientes? Para nada, sólo que eso fue hace mucho. “Salimos una vez, y hasta ahí. ¿Bueno, y tú cómo sabes? ¿Por qué preguntas?, le pregunté. “Ah... es que le mostré una foto tuya y me enteré de unas cosas”.

En ese momento se quedó dormida.

La cabeza me dio vueltas, el silencio pesado y el ruido del refrigerador que taladraba una vez más. Tenía las piernas aguadas por la erección; la sensación me daba náuseas ahora. La maldita duda, ese suspenso innecesario. El teléfono sonó. Terror. Aire pesado, ¿qué hice? Sólo salimos una vez, ¿qué hice? Los muros caían sobre mí. ¿Por qué preguntas?, insistí. No hubo respuesta. Aire me faltaba como ya era habitual.

Sin darme cuenta estaba en las calles, descalzo con una chamarra enorme que olía mal. Buscaba respuestas en mi cabeza. En una calle desierta frente a la catedral, las campanas sonaron con furia. Mis tímpanos retumbaban. Paré en un semáforo y encendí un cigarro. Cuando daba la primera bocanada, detrás de mí, unos tacones sonaban, la sombra era tan parecida a la de Sabina con su cazadora y sus piernas largas. Solté el humo sin ganas. Era ella. No podía creer lo estúpido que fui, en lo mucho que me había expuesto. Tac, tac, tac, tac. Venía por mí. El pálpito. El metal. Mis amigos que ya no vería. Perdón. Tac, tac, tac, tac. Primero lejanos y cada vez más cerca. Contuve la respiración, estaba ahí para matarme. Cuando los tacones estuvieron junto a mí, cerré los ojos y esperé la cuchillada. Los tacones se alejaban. Era una pareja y efectivamente era una mujer, pero nada tenía que ver con ella. Pero la acusación estaba en mi cabeza una vez más. Entonces, recordé una clase de psicología en la universidad donde se hablaba de la despersonalización, psicóticos que desarrollaban múltiples personalidades. Que podían cometer delitos y no recordar nada. Todos los síntomas que recordaba encajaban con lo que me pasaba esa noche. Giré la cabeza al cielo y miré las estrellas que se asomaban de entre las nubes, con la luna opaca y triste. Incluso hablé con dios: “caray, ¿seré un maldito psicópata?, ¿y si en verdad abusé de esas mujeres?” Di un par de pasos y por fin me senté sobre la cortina cerrada de un café que antes frecuentaba y me puse a llorar. Necesitaba decírselo a alguien. Traté de marcarle a Saúl para que charláramos y fuera él quien me condenara esa noche o me hiciera entrar en razón, pero nunca contestó.

De pronto una patrulla se detuvo frente a mí y al verme con los ojos llenos de lágrimas se alejó. Por primera vez, me preguntaba seriamente si había hecho, en un estado de consciencia alterno, algo aterrador. Y como no encontré

respuesta, me puse de pie y me fui tambaleando a casa. Entré y me arranqué la ropa; tenía calor, me pesaban las prendas, sentía asco. Caí tendido en la alfombra y no pude hacer nada en ese momento. Al día siguiente la puerta sonó, el perro ladró porque tenía hambre y el teléfono sonó sin parar. Temblaba. ¿Quién estará ahí?, pensaba. Nada me movió de ese lugar. Apretaba la mandíbula. Defecué y oriné sin importarme nada. En un momento de ausencia jugueteé con mi excremento. Con la mirada perdida y los ojos llenos de lágrimas, me preguntaba si no era yo aquel quien todos creían, mientras acariciaba la mierda aun pastosa. No pude cerrar los ojos y daba vueltas a cada situación con la pregunta aterradora, ¿y si en verdad fui yo?

Entrada la noche del segundo día, y después de jalar una chamarra que hiciera de cobija, Dania me contestó: “perdón, la otra noche me quedé dormida. Estaba muerta. Te preguntaba, porque ambas son mis primas, y cuando supieron que hablábamos, me dijeron que tuviera cuidado, porque tú eras un cabrón que te las habías cogido a las dos. La verdad es que me pareció absurdo, pero quería que tú me lo dijeras. Pero no te apures, ya sé que las dos son bien putitas y me tienen mucha envidia”.

¡Hijas de su reputísima madre!, grité, y me solté a llorar. El grito hizo ladrar a mi perro.

Como pude volví en razón. Me di un baño. Entendí que todo estaba en mí, pero que en efecto lo más peligroso era yo mismo. Te busqué. Las viandas de la vida me sacaron del país. ¿Que si lo hice? Por supuesto que no lo hice. Me aterraba la maldad del mundo, que pudiera parecer un enfermo sexual, cuando afuera hay otras enfermedades más graves, personas monstruosas.

VIII

LÁPICES DE PUNTILLAS

Probablemente mis padres no tenían el dinero suficiente para enviarme a la escuela con la cantidad necesaria para que gastara al ritmo que lo hacían mis compañeros. Mi madre lo creo, pero estoy seguro de que mi padre era un tacaño. Casi todas las ocasiones que me paraba en el puesto de don “Canito”, tenía que ver cómo el resto llenaba sus bolsas de golosinas antes de entrar al salón. Eran dos puestecitos los que vendían chucherías y juguetitos: don “Canito” y otro viejo gordo y bonachón que todos los días nos veía desde su silla y esperaba que mostráramos las manos llenas de dulces o robots de plástico para que nos hiciera la cuenta.

Una mañana que llegué al salón, todos tenían lápices de puntillas: doce puntillas blancas que al terminarse entraban vacías por la parte trasera. El lápiz tenía diseños divertidos de personajes de caricaturas. Además, olían a chicle. El viejo gordo los vendía. Costaban tres pesos, pero yo siempre llevaba dos, y con mis chicharrones del recreo, sólo me quedaba uno. Dos días después me armé de valor y le pedí que me fiara uno; le dejaría un peso y traería en la semana los otros dos.

Nunca volví. Fácil habría sido decirles a mis padres que debía dos pesos por ese hermoso lápiz que pensaban había robado, pero no. En lugar de eso, desde el tercer grado y hasta que el viejo murió en quinto, decidí entrar por la puerta de abajo del colegio.

Cuando en la secundaria me molestaban, elegí cambiar de turno para no ver nunca más al maldito de Benito. Ese desgraciado que me lanzaba piedras desde los baños cuando yo iba de las canchas a los comedores. Cuando por primera vez me retaron a golpes en la preparatoria, inventé un mal cardíaco para que me dejaran en paz, así lo creyeron cuando me tiré al suelo fingiendo un paro. Cualquiera habría reído por salir avante con la estupidez del otro. Yo cogía tierra y la apretaba con el puño, estaba aterrado aun venciendo. En mi receso de la universidad, después de no estudiar por tres años, y sentirme patéticamente opuesto a mis compañeros de clase, en su mayoría chicos de 19 años, estuve a una firma de salir del curso. Cuando por fin le dije a Gaby en la universidad que la amaba, y ella me dijo: “estás borracho, best friend”, decidí no pararme por ahí en dos semanas; tres con las vacaciones de exámenes finales. Cuando no pude ver más al amor de mi vida, me costó dos años pronunciar su nombre, tres preguntar por ella, cinco en pisar el barrio donde la vi por última vez, siete para ver sus fotos, y, después de 12 años, es el día que no puedo estar con nadie más de esa forma. Uno de tantos demonios domesticados que me custodian todos los días. Y les debo cosas buenas y malas, pero preferiría que un día no volvieran.

Esa ha sido mi vida desde que tengo uso de razón: escapando. Viviendo excesivamente en el pasado. Temiendo lo peor. Perdiendo oportunidades, amigos, momentos con mi familia, la gente que creía estaría conmigo para siempre, porque

nunca supe manejar situaciones, bolas de nieve que la vida me lanzaba y que, sin entenderlo, pero sí sospechándolo, terminaban siendo una avalancha que caía noche tras noche sobre mí. Siempre lograba sacar la nariz para poder respirar, pero sabía que un día por más que me moviera en la nieve, no lo lograría. Cuando niño escapaba. De adulto, me refugié siempre en un carácter duro, lleno de hostilidad. A veces alcanzó, otras no.

Esa noche nos sentamos los tres a las faldas de la cama. Echamos agua de la llave a lo que quedaba en la botella y la pasamos de mano en mano, mientras hablamos de otras cosas, menos de lo que les había contado. Fue un código que prontamente entendí. La evasión del tema me tranquilizó. Después de un último trago para todos, Saúl dijo: “ya no tenemos cigarros”, y salimos a la calle buscando alcohol y tabaco.

Llegamos entradas las tres de la mañana a una comuna gitana. Un grupo de mujeres y hombres reían y cantaban alrededor de una fogata. Un guitarra acompañaba la noche. Guitarra flamenca de palo de rosa. Cuando Saúl la tuvo entre sus manos la sorpresa fue mayor, la guitarra era de Paracho. Cuando nos enseñó el traste, nos reímos desafortadamente, cosa que sólo era señal de que estábamos más ebrios de lo que creímos. Cantamos un par de boleros. Saúl tiene ese gusto por lo viejo. Paco compró de una mesa de baratijas de una tienda de campaña, un bonche de libros y volvió a la tertulia.

Después de un par de horas, la marihuana dejó a la mayoría rendidos a las brasas y el sereno de la noche. Tomamos la botella de vino más llena y una cajetilla abierta de cigarrillos y salimos de ahí.

Caminamos por las calles de Brujas por espacio de una hora. A la orilla del río primero. Observando los botes que

aguardaban a los turistas del día siguiente con los faroles amarillos escurriendo sus candentes rayos sobre ellos. El agua se mecía despacio, muy quedito como para no despertarlos. Pasamos por la gran plaza, y llegamos de pronto a una avenida empedrada. En ese momento, la botella estaba en mis manos. Reíamos sin sentido, cuando me separé de ellos unos siete pasos. Observé la luna una vez más y di un gran trago, jalando muy profundo. Sin querer, un pujido que esperaba el llanto, salió de mí. Estaba por tomarme las rodillas, cuando los dos me rodean con sus brazos y me hacen seguir. Caminamos así, cambiando una vez más el trago de manos. Y no me soltaron hasta que estuvimos debajo de un gigantesco molino de viento, custodiado de árboles copados de hojas pardas.

Después de ver los primeros rayos del sol asomarse por las montañas, utilizamos a Panero, Poe y Casares, de almohadas.

IX COMO ENANOS

Al día siguiente fui a cubrir mi turno en el supermercado mientras ellos vagaron por la ciudad. El fin de semana llegó y nos hicimos acompañar en las actividades que cada quien propuso. Por supuesto que la primera noche fue mi turno y los llevé a “De Piper’s Tochter”. Hicimos lo que para mí se había convertido en una costumbre. Escuchar música y tomar libros de los estantes. Saúl y yo nos perdimos en la interpretación de un saxofonista que tocaba con un piano y una percusión de acompañamiento, canciones que ni siquiera conocíamos. Después de eso, una francesa encantadora recitó poesía estridentista. Cuando ésta terminó lo suyo, dejó el escenario a un sujeto menudo y de dedos largos y blancos, que tocó lo mejor del britpop. Y aunque en un principio Saúl se aburrió, logró reconocer ciertas canciones que en México llegaron a sonar.

Fue entonces que notamos que hacía rato que Paco no estaba. Cuando se paró supuse que iría al baño, pero no. Se enredó con una oriental que no habíamos notado en el lugar sino hasta que ambos en un intervalo de cinco minutos entre

uno y otro, volvieron a la sala. Cuando estuvo a lado mío, Saúl asomó la cabeza y le sonrió. “Qué textos” dijo, Paco. “Sí, seguro te familiarizabas con los haikus, o investigabas las obsesiones de Paz por la poesía china”, le dije. Reímos, y Paco que se acomodaba los lentes, replicó: “estaba a punto de entenderlo”, pero me ganó la emoción cuando escuché “Lucky man”, así que apresuré las cosas. Reímos meneando la cabeza en complicidad.

El segundo día tomamos el tren a Macedonia para ver el partido. Jugamos cartas en el vagón y bebimos demasiados expresos. Después de eso, Paco durmió un rato. Saúl tomó un libro y se puso a leer mientras hacía anotaciones en una servilleta manchada con migas de pan y café. En un principio creí que tomaba notas, pero no. Había vuelto a escribir. Con los rayos cobrizos del sol, tomé el teléfono de Paco, me coloqué los audífonos y me dediqué a ver el viento cabalgar las montañas.

Cuando llegamos al estadio, teníamos que conseguir otro pase. Ellos tenían sólo dos. Fue entonces que vagamos por las afueras del estadio buscando algún revendedor. Y así pasó, pero fue mucho más caro de lo que pensábamos. En un principio creí que no podría entrar, porque mi efectivo no era suficiente, pero afortunadamente y a sus muchos negocios, Paco pagó mi entrada. Me sentí avergonzado.

Cuando pequeño veía ocasionalmente videos de David Beckham en la televisión. Un jugador que rompió esquemas y que al mismo tiempo, el boom del mercado en el fútbol por su atractivo físico, fue su lápida. Era tremendamente técnico, pero nadie tomaba eso en cuenta. Eran más reconocidas sus portadas en las revistas, que ese toque privilegiado, cuando se inclinaba rompiendo las leyes de la física y mandaba esos balones telegrafados a portería o a un compañero. Además

de su tremenda inteligencia para moverse en el campo. Él y Cantona con sus dribles endemoniados y su escandalosa personalidad, me hicieron fanático de los Red Devils. Con estos argumentos eliminé de la cabeza madridista de Paco, la idea de que esa noche, lo mío era el ánimo de un *villamelón*. No era el teatro de los sueños con sus cielos grises, el vaho de los jugadores al gritar un gol y los cánticos coordinados, pero lo gozamos como enanos.

Cuando llegó el turno de Saúl, ya en Bélgica, nos dedicamos a vagar por todas y cada una de las tabernas de Brujas. Probando infinidad de cervezas y disfrutando de las reliquias en cada una de ellas. En algunos libros viejos, en otras fotografías de artistas famosos, en uno incluso encontramos una colección gigantesca de nomos. Era un ambiente fantasmal. En algún momento caímos en un burdel, donde las mujeres para nada parecían bailarinas exóticas. Ni siquiera las tocamos, fumamos una caja entera de puros, comimos chocolates que habíamos comprado de camino allí, en una chocolatería inmensa y bebimos cerveza que por cierto estaba servida en copas que en México habrían sido utilizadas para beber algún espumoso.

Cansados, llegamos a la plaza mayor. Justo frente a la catedral donde conocí a Cécile. Entramos en uno de los pocos lugares que quedaban abiertos y pedimos unos emparedados de carne, mostaza y hierbas. Tal vez fue el azúcar, pero no estábamos tan ebrios como deberíamos. Estábamos aturdidos, pero enteros. De pronto, se acerca la mesera con un gafete enorme: “hallo mijn naam is Greta”, decía. Y dejó tres tarros inmensos de cerveza sobre la mesa que estaba en el corredor iluminado por dos luces amarillas y suaves: “We zijn op het punt om te sluiten, deze gaan alleen. In België is het bier niet verspild”, nos dijo alejándose con una hermosa sonrisa de perfectos dientes y un par de piernas delgadas y largas.

Sonreímos asombrados, nos miramos y tomamos los tarros elevándolos y chocándolos fuerte en el aire. “Creo que son cortesías”, dije. No creo que sea cerveza robada, pero eso entendí... y volvimos a reír.

El domingo llegó y para ellos era tiempo de volver. Cogieron sus mochilas y salimos hacia el aeropuerto. Alguien había olvidado a tres mexicanos en algún sitio del mundo. La terminal estaba casi vacía. Era un espectáculo mágico. De algún modo aquella boscosa selva de baldosas frías, nos atemorizó suavemente. Como yo no llevaba equipaje, vi cómo al mismo tiempo ambos se fueron al piso para revisar las mochilas. Sacaron sus pasaportes, carteras y los libros que desentonaron en la pulcritud del suelo. Me agaché para revisar que todo estuviera en orden. Saúl le arrebató la palabra a Paco y dijo que sí. Nos quedamos sentados ahí en un tipi invisible y esperamos en silencio al segundo aviso de abordaje que específicamente pedía por dos mexicanos registrados, más, “pasajes a CDMX pendientes” en la sala 7. Aunque intentamos, ya no pudimos reír. Las risas eran consumidas por el aliento frío en Brujas cayendo al precipicio de nuestras gargantas.

Caminábamos por ese piso reluciente después del anuncio de abordaje. Antes de llegar a la puerta indicada, Saúl se detuvo. Unos pasos adelante, Paco y yo giramos para saber qué pasaba y éste nos pregunta: “¿tienen efectivo?”. Respondimos que sí. Haciendo cuentas juntamos entre los tres 760 euros. Los tomó y cambió de dirección con mochila al hombro. “¿A dónde irás?”, le pregunté. Y Saúl, caminando en reversa sin detener el paso nos dijo: “tengo que visitar a los malditos. Debo hacerlo”. Se alejó diciendo: “nos vemos en un par de meses en México”, dijo esto último mirándome a los ojos. “Paco, avisa a mi familia por favor. Que no me busquen

ni se preocupen, estaré bien”. En ese momento supimos que quizá, jamás lo volveríamos a ver, pero que en adelante estaría tranquilo sea donde sea que el viento lo llevara. Lo supimos por la intensidad del abrazo con que cerramos aquel trato. “hazlo poeta”, le dije. Y Paco, agregó: “cuídate mucho”. Sin voltear una vez más, se alejó elevando el pulgar en señal de victoria. Efectivamente había vencido.

X ELIPSIS

Cuando por fin dejas de escapar la elipsis rompe. Sin entenderlo, en un orden innecesario y quizá obligatorio, vuelve a ser lo que era antes. Los lugares donde el confort se hallaba, te rechazan, te llenan de angustia. La crisis no hace del refugio hogar.

Esa tarde llegué como de costumbre a “De Piper’s Dochter”, pero estaba cerrado. Era día de fiesta en la ciudad y como yo no tenía amigos, ni me enteré ni tuve suerte de ser invitado a algún hogar de techo de doble caída para compartir el pan. Entonces, vagué hasta llegar a un lugar de puertas oxidadas: “Koffie Koningin”. Ocupé una mesa y después del primer tarro de cerveza puse atención a mi alrededor. Sólo huecos oscuros e indescifrables a la vista. De pronto un hombre con rasgos delicados se pone en la mesa y toma mi mano. Lo miré a los ojos, y bebí hasta el fondo mi cerveza. Elevé el brazo y pedí una ronda más. Fue entonces que entendí, estaba en un bar gay. Charlamos un momento de cosas sin sentido y sin mucha importancia, de acuerdo a mis alcances en esa lengua que estaba lejos de dominar. Después de un momento, y

ligeramente aturdido, salí a la calle, arrojando un billete sobre la mesa. Cuando no escuché el golpe de la puerta, me hizo saber que alguien al mismo tiempo que yo estaba afuera. Volví la mirada. Era aquel hombre con quien había compartido un par de tragos. Dijo ven. Sonreía. Dijo hola y volví a hacerlo. No me burlaba, me daba ternura. Dijo que le tenía miedo y por fin declaré: “hace tiempo que el juicio anticipado dejó de significar algo para mí. Algunos se ofendían, algunos lo encontraban divertido. Eso me trajo aquí, *carnalito*”. Usé el mote para que intuyera cuál era mi procedencia. “La violencia del juicio previo, asumir que el otro tiene los mismos demonios que yo. Te quiero hermano, hasta pronto”. Y retomé al camino que había iniciado.

El otoño con sus figuras de invierno latino había llegado. En ese momento recordé el bar en la universidad, donde trabajaba fines de semana para costear los gastos de la carrera. Cada fin de semana entraba a las cinco para limpiar mesas, lavar vasos y llevar cervezas. Y lo disfrutaba hasta que un imbécil de un negocio aledaño, decidió odiarme. Cada vez que caminaba frente a su negocio me miraba fríamente y levantaba su ramera para mostrarme su arma. Yo palidecía. Así sucedió durante mucho tiempo, dos años para ser exactos. Siempre que pasaba frente a él, eludía su mirada. Cambiaba rumbo, y si por casualidad estuviera sentado en la banqueta, daba una vuelta extra a la manzana esperando que se fastidiara y volviera a su sitio. En esa vuelta extra, fumaba un cigarro con toda calma. No me aterraba el imbécil que me miraba con vileza, me aterraba el arma en las manos de un imbécil. Entonces, me abrazaba a la idea de una suerte natural de un orden superior en el cual todo sucedería según la casualidad. Y, aunque una de tantas se decidió a apuntarme con el arma, nada pasó. Yo no tenía de otra más que guardar la calma, el

temple. Y lo hice. Entonces volvió a guardarla. Claro, tardé un día en coger aire y volver al trabajo, pero había triunfado la justicia metafísica. Había ganado. De la forma más idiota, pero ganado. Idiota porque no todos tienen esa suerte. Y sí, me gustaba ver cómo había perdido su poder frente a mí, pero no tenía orgullo alguno dentro, pues ese no había sido más que el ánimo valentón de un pendejo. Eso era más pesado.

Cuando me di cuenta estaba en medio de un parque, perdido en reflexiones que había postergado, quizá por salud emocional. Me hallé en medio de un bosque de sauces que parecían inhalar y exhalar al ritmo del viento. De tanto tomé una banca frotando mis manos, después de apretarme el abrigo contra el pecho. Me exoneraba por ser al mismo tiempo un cobarde ante los ojos de un mundo común, en el instante que cae frente a mí un pequeño balón de fútbol. Así, de la nada.

Primero creí que algún chiquillo jugaba por ahí, aun con las condiciones de clima tan adversas, pero cuando busqué con la mirada el parque estaba desierto. Creí que alguien me jugaba una broma, y que en cuanto intentara tomarlo, alguien tiraría de él para reír tras algún arbusto. Así que esperé. Saqué un cigarro de la chaqueta. Cuando expulsé el humo, miré al cielo y las copas de los árboles, peinadas por un viento gélido, danzaban frente al cielo opaco de occidente. Recordé a mi madre, mis hermanas y los amigos que había perdido. Pensé que a pesar de estar en paz, en ese lugar estaba también solo; como antes, como siempre. Regresé la mirada al suelo y el balón seguía ahí. Entonces, armé otra teoría. Quizá, algún niño o un grupo de ellos, entre tanto y tanto, habían trabado el balón en la copa de aquel árbol. Exacto, eso era. Entonces, aquello era un crimen, o algo similar: un balón sin niño. En México hubiéramos hecho hasta lo imposible por bajarlo, pero allá, los niños se rindieron. A ellos los rendía un balón

y se iban a lidiar con la vida. A nosotros un balón nos hacía olvidarnos de la vida y luego la vida nos apuñalaba el espíritu.

En ese momento pensé en el destinatario de ese balón. No conocía a nadie, pero podía vagar por las calles que ya me eran familiares y buscar alguno. Establecí una estrategia: la mirada, y la salida de ese parque. Las características del niño que debía tener ese juguete sin suerte y otras bagatelas, que, aunque innecesarias, en ese momento me llenaron de energía e ímpetu.

Tomé el balón sólo para darme cuenta que en él estaba dibujado, a lo largo y ancho, un pene. Con sus pelos, sus testículos y el glande. Aunque traté en un principio de no darle importancia, y cambié mi plan para primero buscar un solvente, limpiarlo y ahora sí poder regalarlo. Nada valió. En ese momento, una mujer apareció. De la nada. Ni siquiera se parecía a ella, pero volví a hacerlo, volvía pensar que estaba ahí. Estaba harto. Estaba por primera vez molesto conmigo mismo por haber hecho eso una vez más en mi cabeza. Por supuesto reflexioné en lo absurdo de esto último, pero eso no era algo enteramente que dependiera de mí. Tomé el encendedor y despellejé el balón de una patada sin miramientos. Prendí otro cigarro y volví a la banca donde estaba.

Fue ahí, con el parque desierto y frío, con las hojas arrastrándose sinfónicamente y los dedos entumidos dentro de las botas, que volví a mis preguntas: ¿Cómo alguien, quien fuera el responsable, podía idear un plan que sin entenderlo terminaría con la vida de alguien? Mejor aún, ¿en qué orden catártico, todo se alineaba para encontrar culpables como la lluvia a las hojas secas?

Repasando mi vida, cada una de las cosas sucedidas, incluso aquellas que no tenían que ver con Sabina, eran evidencia del innegable orden natural de las cosas. El odio, la violencia, tam-

bién forman parte de la vida, la única diferencia es que en nombre de la felicidad se hacen grandes fiestas y el odio se esconde bajo la alfombra. En ocasiones, todo por inercia propia se resolvería. Lo único que nos queda de libertad es seguir nuestros instintos, ese es el único placer. Instintos, pensé, los primos locos de los impulsos. Impulsos. Supe que, aunque yo hubiera sabido que esa noche, la noche cuando conocí a Sabina y fui a aquel hotel para cogernos, toda la vida como la conocía cambiaría para siempre, y aun así, lo habría hecho. Porque justamente en la renuncia a ese instinto primario y noble, estaba la tregua con el mundo. Una tregua donde algunos pierden y algunos ganan. Yo no lo sabía hasta ese momento, que desde que era un pequeño y en milimétricos pasos, me acercaba al precipicio. Estaba condenado. Y, aun así, siempre supe que no debía renunciar a mí, a tomar las cosas como vienen. Que el único y verdadero verdugo de tus acciones eres precisamente tú. Desde ese momento comenzamos a escapar; un revólver en la mano o el curso de la vida. Que temerariamente, lo único más peligroso que ser enjuiciado y sentenciado, es perder la esperanza en la esencia del hombre salvaje y noble al mismo tiempo.

XI RECUERDOS DE ANUENCIA

Desperté esa mañana sin resaca. En cambio, sentía una nostalgia inaudita. El techo sobre de mí, blanco y de telarañas en el rincón, parecía compactarse por el frío de esa mañana. Vino a mi cabeza la idea de que apenas unos días atrás, Saúl se refugiaba en el hueco que deja la figura de las escaleras que van al piso de arriba. Que Paco sentado al escritorio con la espalda sobre el restirador, limpiaba sus lentes al mismo tiempo. Esa idea pesaba mucho y la ahuyenté mientras giraba cubriendo nuevamente con la cobija mi espalda. En posición fetal y con la seguridad del calor de aquellas abrigadoras mangas viejas, observé a través de la ventana el tejado del edificio de enfrente. El cielo era gris, desnudo en nubes. Estuve así unos 30 minutos. De pronto un auto, de pronto una bicicleta, de pronto los gritos de alguna vieja de los cuartos de al lado, de pronto un perro en la distancia, de pronto un ave que más que cantar, parecía llorar, de pronto nada. La estática del viento o el inexistente silencio: un grifo, el rechinado de la cama, los cristales del apartamento contiguo, una cama donde seguro tenían sexo en el piso de abajo, las alas de una mariposa

golpeteando la ventana queriendo escapar, el redoble de mi corazón aletargado. Respiré hondo y escuché con serenidad mi respiración.

Los latidos de mi corazón me hicieron hundir la cabeza en la almohada. Hasta ese día hice consciencia de la existencia de la cómoda que estaba a un lado de la cama. Siempre creí que el radio que estaba sobre ella no servía. Era tan viejo y polvoso que lo suprimí de mi campo visual noche tras noche. Pero en ese momento al ver el cable colgar, lo conecté. En el momento preciso que tuvo electricidad, sonaba “In my place”, de Coldplay. Brinqué con los primeros redobles de la batería, pero reconocí el ritmo y el requinto que encajaba perfectamente en cada orificio de la ciudad afuera. Después, una canción que no conocía de Jeff Buckley. Siguió The Libertines, Blur, Pulp, el anuncio de lo que parecía ser una tienda de comida para perro, un circo donde vendían reinas enjabonadas, otro de autos, hipoalergénicos, un banco, una chocolatera para muertos sanos, ropa de adolescentes, seguros de vida y de nuevo la música. Sonó The Smiths, Pixies (con una canción que jamás había escuchado), una canción de Maná, Elton Jhon, Queen, Oasis, Keane, Travis, y más comerciales. Eso me levantó de la cama con mucho frío aún, sólo con una frazada sobre el cuerpo. Sentado sobre la orilla de ella, revisé los cajones: una lámpara, una vela, clips, dos botones, el corcho de una botella de vino, un crucigrama totalmente resuelto, la cabeza de un muñeco, un bolígrafo, una llave, una pulsera, un trozo de pan duro y un bonche de comandas amarradas con una liga.

Cerré el cajón.

Volvieron las canciones, sonaba The Strokes, Iggy Pop, The Vaselines, The Verve, Radiohead, Gogo Dolls, Lisa Hannigan, Portished, Bon Iver, The Smashing Pumpkins y The Shines.

Abrí la ventana y asomé la cabeza. El viento entumía mis orejas. Del lado derecho, justo unos metros antes de la ventana del vecino, la figura de lo que parecía un closet mal diseñado, se formaba un palomar en el que, si caminaba con cautela, podría fumar un cigarro viendo la ciudad entera. La imagen me sedujo y lo hice.

Con la cobija bien sujeta sobre mi ropa interior, y los calcetines casi a las rodillas, encendí el primer tabaco y miré la inmensidad de Brujas. Gris entre picos góticos. Con sus manchas verdes entre tanto y tanto y la música del chelo y guitarra electrónica haciendo de soundtrack exquisito. Recuerdo mis primeros momentos de nostalgia en México, me espantaba. Después comencé a vivir en ellos y los disfrutaba. Sin embargo, cuando leí por primera vez a Wilde, escuchando a James Blunt, entendí todo. Sabía que debía de algún modo estar en un lugar que emulara aquella tarde opaca. Emular las calles occidentales donde, desangrando en alma, Dorian Gray caminaba buscando respuestas. Desde entonces, la nostalgia se convirtió en el lugar preferido para vivir solo y absoluto.

La guitarra inconfundible de Damien Rice a dueto con Bono, cantando “Walk on”, me devolvieron al cuarto para brindar con los recuerdos. Era mi momento, esos lugares donde me gustaba vivir. Entonces, bajé a prisa por una botella de lo que fuera. Cuando pasé por la recepción, la vieja Bechet, que limpiaba hojas de la maceta del rincón, gritó: “Pescarás una pulmonía, mexicano loco”. Alcancé a escuchar sus carcajadas de camino a la calle.

Cuando volví al cuarto el momento seguía ahí, esperando por mí. Me tendí sobre la cama, con una manta sobre las piernas y otra sobre el pecho. Bebí, fumé, farfullé canciones y recordaba todo lo que me venía en gana. Sobre todo, me gustaba porque en recuerdos, perfeccionamos la realidad.

Podemos ignorar el dolor. Podemos incluso encontrar los pergaminos de la paz mundial.

Regresé en ese momento a un poema que escribí en la preparatoria para mi gran amor. Poema que no supe nunca dónde quedó. Me avergonzaba. Mi entonces triste y pobre percepción no le provocó nada aquella tarde cuando hacíamos el amor entre los matorrales de la escuela. Pensé en las palabras de Maricruz Patiño, sobre las letras y cómo éstas nos encuentran. Sobre cómo ella había vivido un momento revelador en Marruecos y sin pensar se entregó sin miramientos a lo que según ella misma es su mejor poema. Pensé en Rimbaud y su renuncia temprana a la escritura. En la admiración que en mí provocaba Saúl y su genio para escribir. Siempre creí que vivir en los zapatos de un escritor era algo diseñado específicamente para seres tocados por la mano de dios, y que quizá por eso, mis primeras letras llenas de vigor y autenticidad, me avergonzaban. Recordé también las palabras de Ruvalcaba que temerariamente y confiado en su voz, imprimió *Un hilito de sangre* y lo entregó gratuitamente en camiones y calles del centro histórico de la capital. Ahí estaba mi pretexto y el momento; ese que todos necesitamos si la estima no es el lugar común de nuestra alma. Entonces, volví al cajón de la izquierda. Tomé el bolígrafo y las comandas con cuentas y sellos de “pagado” y empecé lo que en un principio creí sería una carta para nadie, pero que terminó siendo un grito de anuencia.

XII DESPEDIDA

Así pasaron mis últimas dos semanas en Europa. Llevando de lado a lado, después de esa mañana abrigadoramente fría, ese bonche de papeles que tiempo después cambiaría por un cuadernillo de corte italiano. No hacía otra cosa que escribir. Esa fue mi manera de despedirme de todos esos lugares que se quedaban con pedazos de mi alma herida, de mi aniquilamiento moral. De ese pesado silencio necesario para encontrar la verdad, la paz, el deslumbramiento. Llevé cada hoja a cada lugar que me acompañó en esa pequeña travesía. Acariciando con mis palabras y las manos de mi espíritu cada rincón que me rescató.

Un día, el día de la semana previa a tomar la decisión de volver a México, tuve la impresión de estar enamorado. Esperaba mi turno junto a Paul Peter, cuando en el estante de las revistas una rubia de piernas largas hojeaba una revista de espectáculos. No tardé en darme cuenta que era una mala decisión, ya que los lentes oscuros en un lugar cerrado, decían bastante de ella. Sin embargo, no dudé en cambiarle el lugar con el viejo. Mientras recorríamos el sitio para llegar al auto,

medité detenidamente las múltiples frases que podía utilizar para iniciar una conversación con aquella bella belga. Pensé: “mooie dag”, demasiado trivial; “¿winkeldag?”, demasiado intrusivo; “leuke schoenen”. Sí, eso era. Un halago sobre lo único que a las mujeres no pueden resistir hablar: zapatos. Pero, cuando me disponía, con la primera bolsa en la cajuela, a decir: “leuke...”, de tajo me mandó a callar con un estridente: “sh...”. “Probeer het niet”, me dijo, con evidente desdén. Y me limité a dejar los comestibles en el auto sin girar por si alguna propina esperaba mi mano.

Al contrario de lo que usualmente hubiera pasado, no pude más que sentir rabia. Entonces, tomé una piedra de la jardinera, y antes de que aquella mujer rebasara los 10 metros de distancia, la arrojé en el parabrisas trasero, estrellándolo por completo. En milésimas, esos minutos se habían rebobinado en mi cabeza salvajemente hasta llegar de nuevo al cristal estrellado. ¿Y esa rabia?, pensaba. Las manos me temblaban, pero yo no fui consciente de ello hasta que las miré, roja la mano derecha por la furia con que había apretado la piedra para arrojarla.

Los gritos que aquella mujer profería en mi contra, no cabían en el estacionamiento entero.

Por supuesto hubo una queja. Por supuesto fui despedido, y claro, no pude ofrecer argumento alguno, ya que no sólo había cometido un error en el trabajo, además había sido descubierto. Después de implorar unos minutos, conseguí que se me permitiera a mí comunicarles el engaño a Emily y Paul Peter.

Mientras caminaba de vuelta a casa, con la angustia de tener un día ya vacío de actividades, y sin un plan anticipado para la tarde, di unas 15 vueltas al parque. Entonces, vino a

mi cabeza aquella imagen de Sabina, tendida sobre la cama, después de reencontrarnos cuando le hizo creer a todos que estaba muerta: “Quiero que estés bien”, le dije. Ella rió como loca. Por supuesto estaba preparado para esa respuesta y no pude más que decir, llámalo como quieras, llámalo un sueño, pero es algo que no debería escapar de nosotros: buscar estar bien. Los animales lo hacen mejor que nosotros, piensa en eso. Es lo único que importa para ellos. Volvió a reír.

Eso me pasó. Había perdido ya muchas personas, gente que creí estaría conmigo y se diluyeron. Gente de la que había decidido apartarme, por resentimiento o individualidad. No es seguro eso. Y que esto, nada tenía que ver con una escala de estima. Era una renuncia total de lo casual, de lo cómodo y lo innecesario. Sin embargo, era ella con quien la distancia o sus decisiones, no por crueles sino por insolentes, me provocaban rabia. Deseaba que estuviera muerta. Odiaba que siempre fue su palabra contra la mía, y que incluso los que estuvieran a mi espalda, dudarían inevitablemente, de mí. ¿Por qué? Por una sencilla razón: ella había decidido ser mala y estúpida, una, sino es que, la combinación más letal para la humanidad.

Sin trabajo y sin dinero, solicité otro empleo, el cual apenas puedo creer que me dieran, ya que no dominaba el idioma. Lo importante es que me sirvió para conseguir mi pasaje de abordaje. En lo que éste llegaba, me entregué a la despedida. Volví por fin al supermercado y me paré frente a Emily y Paul Peter. Me llenaron de preguntas, pero éstas acallaron cuando escucharon por primera vez mi voz. En el momento, Emily colgó el rostro y sus mejillas se llenaron de color rojo. Con el dedo índice elevé su rostro y la miré con ternura. Se limitó a darme un abrazo. Salimos de ese lugar y les conté todo. Al mismo tiempo me despedía de ellos.

A la pequeña le dejé el primer corcho de vino que destapé allá. Un gesto algo patético, pero era lo único que tenía. Al viejo le pedí me acompañara a mi habitación después del trabajo para mover unas cosas. Con ese ánimo bonachón, estuvo puntual a la cita.

La vieja Bechet estuvo también en el lugar indicado, en la habitación en punto de las siete de la tarde. Una mesa armada con cajones de pan, dos botellas de vino y una pasta que trabajosamente hice para ellos, era mi último esfuerzo por no llevar demasiado tiempo en la cabeza la idea de ambos viejos solos y tristes el resto de sus días en Bélgica. Otro gesto ridículo, pero honesto. Tomé el abrigo, la maleta de lo que según yo debía volver a México y salí del lugar dejando un beso en la frente de la vieja portera.

Por fin tomé una última copa y escuché los últimos acordes en “De Piper’s Dochter” y me fui al aeropuerto, no sin antes robar un libro al azar del último piso. Qué dulce ventisca me pellizca la piel, pensé, cuando estuve en la calle.

El mismo oxígeno que reptaba mis fosas, estallaba en mi cabeza y dormía en sus pulmones.

Era el viento.

Era algo.

Era eso.

Era el frío.

Era todo.

Era yo.

CUARTA PARTE

I CASA DE RETIRO

Francisco S. J., sentado en el jardín de una casa de retiro en México. Dos años después de la última nota en el aeropuerto de Bruselas, Bélgica.

“Es mi turno de abordar. Quisiera profundizar en mis últimas sensaciones aquí, pero supongo que son algunas ideas que ahora que vuelvo, van bien con mis primeros pasos en mi país. Debo correr, es tiempo. Tengo frío”. Eso fue lo último que escribió.

Hoy es su cumpleaños. Le he traído un par de discos de bandas que estoy seguro, le gustará saber, sacaron discos este año. Aunque sólo ha reaccionado débilmente a algunas canciones de U2, creo que no está de más. También he traído cinco cajas de haloperidol y tioridazina. El mes entrante estaré de viaje y no creo poder estar aquí con la frecuencia que requiere. Llegué muy temprano y traje un pastel, velas y un par de gorros de fiesta. Hoy el resto del pabellón tuvo salida al campo de moras, que en esta época es muy bello. Es

una brigada de voluntarios que llevan a los compañeros de Diego a un lugar menos deprimente que éste. Así que tuvimos el cuarto entero para los dos. Éramos él y yo, y unas 14 o 15 camas desiertas, que de rayos de luz parecen vivir más, que de cuerpos inertes y viejos.

Lo primero que hice al llegar, fue revisar que no tuviera llagas en el cuerpo. Al igual que un paciente en coma, él necesita cuidados específicos. La inmovilidad ocasiona que partes de su cuerpo comiencen a moretarse, primero, formando hematomas y después pudriéndose. Por eso las medias para la circulación y las limpiezas meticulosas. Esos son los efectos colaterales de un esquizofrénico catatónico. Claro, eso no debería pasar, pero las enfermeras que son de una pésima instrucción, pasan por alto este tipo de detalles. Si él estuviera consciente, ya habría corrido a más de una de ellas. No de una forma grosera, sino evidenciando con palabras fuertes su total ignorancia y falta de capacidad. Siempre que pienso en esto recuerdo cómo le daba la vuelta a ciertos temas intentando no herir susceptibilidades. Sabía que podía ser un sujeto de malos modos, aunque en realidad no era más que un tipo franco.

En la ciudad no hay clínica que atienda casos como el de él, por eso tuvimos que pactar su internado en el asilo de ancianos. No es en absoluto viejo, pero las atenciones son similares. Al principio, tuve que pagar una enfermera que lo cuidara en particular, sin embargo, con el tiempo los que la rodeaban, aprendieron el oficio y fueron entendiendo los cuidados que necesita. Mucho más meticulosos, pero menos tediosos que los de un anciano. En la casa de retiro pronto entendieron eso, ya que después del primer año, aceptaron a otros pacientes en condiciones similares. Giovanni se llama: después de un accidente de juega, una lesión en la médula

espinal le dejó inmóvil por debajo del cuello. Cuando las enfermeras se cansan y desean tomar un respiro (lo supe por aquella que traje de primera vez) los sientan a ambos frente al ventanal que da a las montañas del sur.

Entre Diego y yo siempre hubo una discusión inconclusa flotando en el aire. Mientras él profesaba una admiración desmedida por Cortázar, yo encuentro en Borges una voz más poderosa. Lo mismo pasaba con Pacheco y Ruvalcaba. Hoy traje a ambos. Me senté junto a él, lo cubrí con una frazada y leí fragmentos de dos libros que su madre me hizo favor de entregarme. De esa forma se nos fue la tarde. No siempre leo lo que a él le gustaba, sino que, por ser su cumpleaños, quise ceder un poco y acercarme a sus letras. Y no los odio, pero no me gustan como a él; no logro ese nivel de gozo. Supongo que le habría dolido mucho saber que Ruvalcaba murió un mes después de que él volviera a México.

La estatua de carne en la que se ha convertido me hace pensar en aquella noche que llegó a casa. Aún siento nervios de pensar que ese era yo la noche en que tuve mi propia crisis. Es casi como las probabilidades de que un avión se desplome, pero ese pude ser yo. Creo que la muerte es tan severa como esa Polaroid en vivo en que ha mutado.

Después de sus primeras semanas en el internado, varias personas se acercaron para visitarlo y estar al tanto de su salud. Todos esperando que un día reaccionara. He sabido que algunos le rezan. Bueno, si la rabia de escuchar eso y no poder moverse, no ha logrado nada, es difícil que algo lo consiga. Quizá, alguien por culpa estuvo aquí. Sobre todo, su familia. No su familia nuclear, sino gente de la que nunca supimos; y sólo estuvieron un par de veces. Lo sé porque en cuanto tuve conocimiento de las visitas tan inesperadas como esperadas, ordené a mi empleada, les hiciera firmar una hoja de visita.

Incluso le ordené comprara una libreta para que les sugiriera dejar algunas palabras. Le pedí que les dijera que era una sorpresa de parte de la familia, que mantenían la esperanza de que eso lo ayudara. Lo que me motivó era reír con él de lo que las personas en su mórbido instinto de lástima y de agenciarse desgracias ajenas, podía decir.

Entonces, leía con atingencia estas notas cada que estuve aquí, y cuando las notas fueron recurrentes. De entre las firmas, recuerdo el nombre de algunas que, por sus notas, recordé: Esmeralda, Laura, Mónica, y algunas otras de las cuales ahora su nombre escapa a mi memoria. Cada fin de mes, tres sujetos vienen en una camioneta roja y beben a su alrededor en el patio trasero. Al principio tuvimos severas dudas, pero su madre me dijo que son sus mejores amigos de la universidad. Los chicos del bachillerato venían, pero de a poco dejaron de hacerlo; antes que el resto. Recibimos una caja de discos de una mujer del extranjero que prefirió dejar su nombre en el anonimato.

En una de esas revisiones rutinarias detecté el nombre de una mujer que se repetía: Anareli. Primero con mucha frecuencia y después con más distancia, pero sin dejar de hacerlo. Le pedí a la enfermera que averiguara quién era, pero no consiguió saberlo, sólo dijo que lo había conocido hace unos cinco años en un curso de primeros auxilios que él impartió (no sabía que él podía hacer eso) y que desde entonces le quería demasiado. Para todos era evidente que un sentimiento intenso los unía, pero jamás dijo nada. Ni siquiera su madre sabía quién era aquella mujer alta de cabello castaño, ojos pequeños, labios delicados y lindas piernas largas. La tensión se diluyó cuando mi enfermera le vio llorar una tarde de octubre junto a su silla.

Por supuesto que su madre y hermanas estuvieron al pendiente de él. Pero a diferencia del resto, que sus visitas cada vez eran menos necesarias para soslayar su asombro, el de su familia estaba justificado desde mi punto de vista. Les era difícil verlo así, sin progreso alguno. Sin duda, a la que le cuesta más y trata de sobrellevarlo es a su madre que con frecuencia la veo subir la colina para estar después del trabajo con su hijo.

El primer año que estuvo aquí, fueron cerca de 35 personas que a lo largo del día se acercaron a visitarlo. Hoy sólo llegué yo.

He tratado de localizar a Saúl para ponerlo al tanto de la situación. Su familia sólo ha recibido un par de cartas en este tiempo. Todo ha sido en vano. Es una de mis tareas que en mi próximo viaje haré, después de atender los negocios (negocios que me son indiferentes), saber qué pasó con él y tratar de entrevistarme con los amigos que Diego hizo en Bélgica, ya que algunas cosas escapan a mi entendimiento.

Después de leer sus notas, hay cosas que no coinciden totalmente, ya que, en nuestro encuentro en Brujas, el relato de Sabina no cuadra del todo. Nos habló de ella, pero no ahondó en detalles. Nosotros no insistimos. Quizá él en señales tenues, en esa explicación precisa, comenzaba a caer en el profundo vacío en el que se encuentra ahora.

Esta tarde, después de recibir una llamada de la oficina por un conflicto en los embarques, tuve que dejar inconclusa la lectura que hacía. Como el pabellón estaba vacío, me di a la tarea de traer a Giovanni y sentarlos juntos entre un par de camas, con la esperanza de que, en su angustia, pudieran sentirse acompañados. Dejé encendido el reproductor que hace un año le regalé, con 480 canciones en modo aleatorio que en sus relatos menciona. El médico dice que son figuraciones

nuestras pensar que un día algo sucederá, ya que, si esto pasara, saldría de una vez por todas del trance, pero me abrazo a esa idea, quizá por aneja empatía.

Cuando las enfermeras vuelvan del paseo de las moras, apagarán el reproductor y nada será lo que yo imagino.

Relativamente, fue muy poco el tiempo que nos conocimos. Y aunque había un vínculo, en ocasiones no encuentro pretexto para venir más que la lástima de su figura en el olvido. Mientras me retiro, me resisto a volver la mirada y observar cómo el aire danza a su alrededor sin que ellos puedan protegerse de nada. Así como lo hice la primera vez que lo trajimos, evadiendo a cada momento ese miedo a no volver jamás.

II ESPERANDO

Aquella noche me telefoneó cuando estuvo en suelo mexicano. Para que, al llegar a la capital, pudiera esperarlo en el auto. Desafortunadamente, en ese preciso momento me encontraba muy ocupado entre las piernas de una señorita que esa misma tarde en mi despacho había conocido. Entonces, dejé el teléfono de lado. Sólo revisé el calendario para corroborar que en efecto eran poco más de diez días del acuerdo que hicimos con Saúl para reunirnos después de nuestra aventura en Bélgica. Dejé por fin el almanaque sobre la computadora y con tremenda dama frente a mí semidesnuda, volví a mecer sus caderas entre mis piernas y el escritorio.

Había una luz divertida que se metía por el ventanal que da a la calle del tercer piso. Con mi corbata desalineada, nos encontramos en la alfombra dormidos entradas las 11 de la noche. Aunque mi esposa había llamado 13 veces, en ese momento no le di importancia. Frente al espejo, me inquietaba la idea de saber que no recibía noticias de Diego. Entonces, el teléfono volvió a sonar: “He vuelto. Estoy en la estación de la ciudad, ¿puedes venir por mí?”, me dijo. Pero como yo no

había despachado a mi acompañante, le sugerí que caminara hasta la plazuela del centro y que ahí nos encontraríamos.

De la estación al centro de la ciudad habría que invertir unos 20 minutos a pie. De mi despacho a la plaza, eran un par de cuadras, entonces, me di tiempo para tomarla de nuevo en las escaleras desiertas, dejando que el primer taxi que habíamos llamado, se cansara de sonar la bocina y se marchara.

Cuando por fin se fue, corrí porque según mis cálculos iba de todos modos tarde. Llegué a la plaza y miré por todos lados. No estaba. Me senté en la estatua que da al cerro del oriente, donde está el edificio de prensa. Esperé, y no aparecía. En ese momento, en la esquina de arriba de los cubículos de información, un grupo de jóvenes reían y se maldecían mientras pasaban por las oficinas del periódico local. Los observé rápidamente, sin dar mucha importancia, ni entender que más tarde me arrepentiría de ello: eran tres chicos y dos chicas; una de ellas llevaba una falda corta con botas negras de estoperoles y medias negras, una mochila en los hombros y una cazadora verde.

Cuando levanté la mirada, en la esquina superior de la plaza por fin apareció Diego. Ambos en línea recta atravesamos la plaza, nos mirábamos entregándonos un par de sonrisas divertidas y llenas de complicidad, quería ya contarle lo que acababa de suceder para disculparme por no haber ido por él. En su mirada había tristeza y victoria. Dimos un par de pasos, justo en el instante que Diego volteó a la derecha para ver al grupo de adolescentes. Del lado inferior de la calle, en el edificio bancario, una sirena se encendió porque un ebrio orinaba la fachada del banco. Cuando Diego vio a los chicos, fue como si hubiera recibido un tiro por la sien. Se tomó la cabeza, por ambos lados y se desplomó en posición fetal, cubriéndose los oídos y parte del rostro. En ese momento, mi

corazón se pasmó y corrí hasta donde él estaba. Me invadió el pánico. Traté de volverlo hacia mí para saber si algo le había pasado, pero fue inútil. Primero no supe qué hacer. Un policía se acercó. No parecía estar mal, sólo era una roca inerte en el suelo. Grité que pidieran una ambulancia y estuvimos ahí unos quince minutos hasta que fue la misma patrulla quien nos llevó al hospital. El ebrio que nos acompañaba por obra del destino, balbuceó: “está muerto, ese carnal, ya está muerto”. Mientras sostenía su cabeza y buscaba reacción en su mirada desorbitada, sólo un pequeño quejido, casi inaudible, escapaba de su garganta.

Cuando leí las notas y pude ver los videos de él y Sabina, teniendo sexo, supe que era ella en la plaza, y que el terror que él sentía por ella era demasiado. Sobre todo, cuando supo que escapar nunca sería suficiente. Por supuesto que traté de encontrar a la mentada Sabina, pero era como si la tierra se la hubiera tragado. No sé si los nombres que usó son reales. Eso complicaría todo.

Cuando voy al trabajo, paso siempre por el mismo lugar buscando explicaciones de lo que aquella noche sucedió, pero las respuestas son aún parcas. Pienso también que a él le divertiría saber que lo que pasó esa noche, había sido por una acostón; mío: el de él era obvio. Que eso a su vez para todos, sería escandaloso. Pienso sobre todo en lo mucho que puede cambiar una plaza a la luz de la gente o la luz de la luna. Por ejemplo, resulta que aquel ebrio era el gerente del banco después de una fiesta ejecutiva. Quién lo diría. O que en algún lugar insospechado, Sabina se encuentra camuflada con apariencia de vulgar libertad.

De las cosas que fueron entregadas a su familia, sólo conservé las notas que había escrito. Me costó mucho tomar la decisión de leerlas, pero cuando por fin lo hice, entendí el rictus de dolor y angustia que en su rostro se quedó tatuado para siempre. Que sólo en el final de su caminar hasta esa muerte simulada en la que ahora está, pudo distinguir que la odiaba por ser así. Pensaba que ella era también víctima de un entorno que la maltrató obligándola a cometer estupideces. Yo pienso sólo eso, que era estúpida.

Me detengo a pensar sobre todo en las tardes cuando las luces de color pardas del sol se cuelan por mi oficina y recuerdo esa primera imagen, cuando lo dejé ahí por primera vez en la casa de retiro. Supongo que a cada momento lucha por salir de esa desconexión mental, de la que incluso en vida no pudo eludir. No dejó de pensar en eso día y noche, que en buena medida olfateaba lo que seguía para él. Por eso volvió a México, para no perder el sentido en Europa. Aunque seguramente no esperaba la brusquedad con que sus ideas se hicieron realidad en tan poco tiempo. Es terrible ser vapuleado por el sencillo hecho de querer ser. Aún más doloroso, no ser respaldado por quienes sabemos lo complicado que es querer ser.

Sigo esperando, como las pocas personas que lo visitan con fervor, que un día vuelva de esa cárcel mental de la que incluso en vida le costaba tanto alejarse, como si tuviera desde ya, pequeñas muestras de supermercado de su final disoluto. Espero que un día vuelva.

La otra noche, entradas las once, me atacó un insomnio grosero. Di vueltas en la cama y por fin bajé por algo de leche. De la leche fui al patio y de la luna a la calle. Caminaba. Sin rumbo, sin saber qué hacía ahí. La imagen era cursi, pero aquellas risas en plena madrugada, eran lo que los ángeles. Anduve siguiendo el estruendo hasta hallarlos. Eran tres chiquillos en el quiosco.

La luz amarga del faro les manoseaba los hombros. Era una escena extraña, hacía tanto que no sentía la emoción y el deseo de patear una pelota como aquellos chicos. Ellos estaban otra vez en las calles. Me senté en la banqueta, y como si de pronto fuera consciente que de ese modo se empieza a envejecer velozmente, supe que eso era importante pero no para qué.

Christopher Aguilar-Reyna es escritor, músico y psicólogo. Nació en Coacalco, Estado de México, en 1987. Estudió la Licenciatura en Psicología en el Instituto Universitario del Estado de México. En 2016 cursó el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México “Juana de Asbaje”. Sus cuentos se han publicado en la revista universitaria *La Colmena*, y en otras como *Metáforas al Aire* y *Palabrerías*. *Agua de la llave* es su primera novela.

AGUA DE LA LLAVE

Un encuentro furtivo entre un hombre maduro y una joven que se conocen en un parque a medianoche, desata una serie de eventos en que las consecuencias sobre la salud mental de él se convierten en las protagonistas de la historia. Así, a través de pasajes de vida, el personaje principal busca desesperadamente anclar su presente a la cordura y la realidad, al mismo tiempo que intenta explicar la decadente sociedad en que se desenvuelve.

SDC